IMPRESIONES DE UN VIAJE UNIVERSITARIO POR EL MEDITERRÁNEO

Antonio Rodríguez Huéscar
Transcripción y edición literaria de Juan Padilla

BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2020

RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio
Impresiones de un viaje universitario por el Mediterráneo
Transcripción y edición literaria de Juan Padilla
Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2020, 63 pp.
ISBN: 978-84-17422-76-9

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2020.
Este libro está sujeto a una licencia de «Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)» de Creative Commons.

© 2020, Juan Padilla
Algunos derechos reservados
ISBN: 978-84-17422-76-9

Portada: Antonio Rodríguez Huéscar, Óleo sobre cartón, c. 1932 © Herederos de Antonio Rodríguez Huéscar. «Ciudad de Cádiz». Reproducción a partir de *Crucero Universitario por el Mediterráneo [Verano de 1933]*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1995, p. 25.
Foto de Antonio Rodríguez Huéscar: Cortesía de la familia.

ÍNDICE

Págs.

NOTA INTRODUCTORIA 7

[CONSIDERACIONES PRELIMINARES] 8-10

I. LA SALIDA 11

II. DÍA 16 12

En el mar 12

III. TÚNEZ 13-15

Túnez 13

Los zocos 13

IV. SUSA 16-17

Desde la Kasbah 16

Las Catacumbas del *Bon Pasteur* 16

De Susa a Kairuán 17

V. KAIRUÁN 18-20

La ciudad 18

Tropos acuáticos paridos por la sed 18

Mezquitas 18

El encantador de serpientes 20

Camellos 20

VI. LA VALETA (MALTA) 21-23

La isla de La Valeta 21

Murallas 21

La Valeta 21-23

VII. EGIPTO 24-31

Alejandría. Visión fugaz 24
De Alejandría a El Cairo 24
El Cairo. Primeras impresiones 26
Menfis 26
Sakkara 27
Las pirámides 28
La Esfinge 29
Museo de El Cairo 30
Mezquitas y bazares 30
Pelotaris 31
Retorno 31

VIII. PALESTINA 32-40

Jerusalén, ciudad santa 33
Templos y sectas 35
Calles de Jerusalén 35
Paisaje jerosolimitano 36
El Muro de las Lamentaciones 37
La religiosidad de los seglares de Jerusalén (anécdota) 38
Bethlehem 39
El Mar Muerto 39
Regreso. Tel-Aviv 40

IX. CRETA 41-45

Cnosos 41
Laureles de Fodele 41
El vaso de los segadores 41
Esmirna 44
Los Dardanelos 44
El Bósforo 45

X. CONSTANTINOPLA 46-50

Llegada 46
Santa Sofía y otras mezquitas 47
Paseos 48
Sefarditas 49

XI. GRECIA 51-60

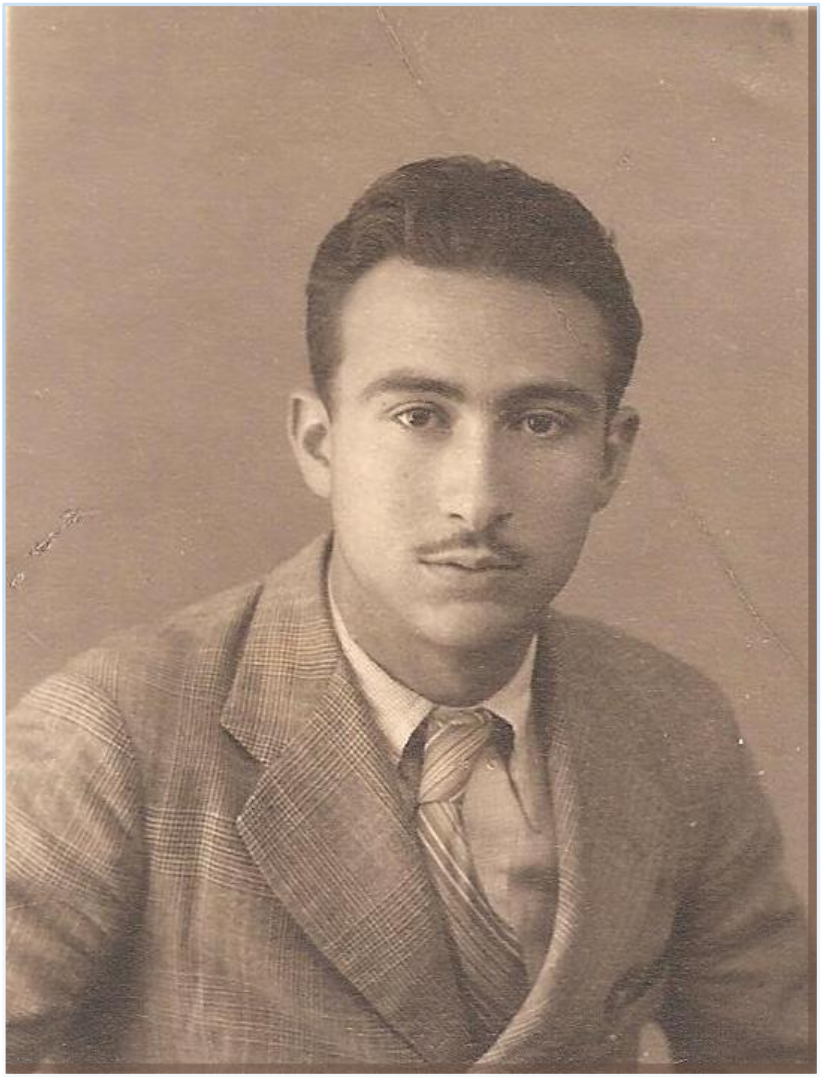
Salónica 51
A bordo 51
Atenas y su Acrópolis. Ayer y hoy 53
Ruinas y arqueología 55

Nauplia. Micenas. Epidauro 58
Itea. Delfos. Corinto 59
Catácolo. Olimpia 60

XII. ITALIA 61-63

Siracusa 61

Palermo 62



Antonio Rodríguez Huéscar en su época universitaria, c. 1931

Volver al índice

NOTA INTRODUCTORIA

En el verano de 1933 tuvo lugar un crucero formativo por el Mediterráneo organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, al frente de la cual estaba Manuel García Morente, en el que participaron cerca de 190 personas, la gran mayoría alumnos de la Facultad. Entre ellos estaba Antonio Rodríguez Huéscar, que tenía entonces 21 años.

Entre las numerosas actividades educativas que se realizaron durante el crucero estuvo la redacción de un diario de viaje por los participantes. Al regreso, además de una exposición y premios para las mejores fotografías, se organizó un concurso en el que fueron premiados los diarios de Carlos Alonso del Real, Julián Marías y Manuel Granell, que total o fragmentariamente fueron publicados al año siguiente por Espasa Calpe en un volumen titulado *Juventud en el mundo antiguo* (1934). Años después se han publicado diarios de otros participantes (*El sueño de una generación*, 1996) y ha aparecido íntegro el de Marías (*Notas de un viaje a Oriente*, 2011). Parecía que el de Huéscar se había perdido definitivamente en la Guerra Civil; sin embargo, se ha encontrado recientemente entre los papeles del filósofo depositados por la familia en la Universidad Complutense. El texto aquí reproducido es transcripción del manuscrito.

Faltan lamentablemente algunos trozos que, por la razón que sea, no se han hallado entre los papeles conservados. Deploramos en particular la ausencia de las páginas correspondientes a la visita a la Acrópolis de Atenas. Lo conservado, no obstante, es mucho, de notable interés y gran belleza.

El interés estriba no solo en ser testimonio vivo de una época ejemplar y decisiva, de una aventura que marcó a una promoción de estudiantes, muchos de los cuales (además de los citados, por ejemplo, Fernando Chueca Goitia, Luis Díez del Corral o Antonio Tovar) dejarían huella en la historia intelectual de España. El texto es interesante por su mismo contenido, por las reflexiones de que está salpicado (inmaduras y frescas, como corresponde a un joven universitario) y, de manera especial, por su estilo elegante y la peculiar belleza de sus descripciones, que descubren curiosamente, más que al filósofo, al pintor que Huéscar llevaba dentro.

Sorprende, en efecto, pese a sus deficiencias y displicencias, la tensión estética y la calidad humana que delata el texto, su honda seriedad intelectual, ajena a toda impostura o beatería, tan suya y, al mismo tiempo, tan en su ambiente en una Facultad y una generación de universitarios que no se puede mirar sino con nostalgia.

Agradezco a la familia la autorización para publicarlo.

Juan Padilla

[CONSIDERACIONES PRELIMINARES]

¿Qué es eso de viajar?

El viajar es algo que hace alguien. No hay viajar sin alguien que viaje. El sujeto del viaje, ese «alguien» sin el cual no hay viaje, es el hombre. Pero ¿en qué consiste ese hacer humano que se llama viajar? Por lo pronto se traslada de un punto a otro del espacio. Pero no a todo trasladarse de un punto a otro se le llama viajar. Cuando yo me paseo por mi habitación evidentemente me traslado de un punto espacial a otro y, sin embargo, nadie diría que estoy viajando. El viaje está comprendido dentro de ciertos límites mínimos un poco convencionales que pueden ser el trasladarse de un núcleo de población a otro u otros cualesquiera. Allí donde tiene el viaje sus límites vagos, comienzan los vagos límites del paseo sin que en estas dimensiones fronterizas pueda determinarse con exactitud lo que es viaje y lo que es paseo. Pero es lo cierto que hay viajes que ya en modo alguno pueden confundirse con paseos, y viceversa. Esto por lo que hace a la mera materialidad traslaticia del viaje. En este caso, también viajaría el obús disparado por un potente cañón, que recorre leguas en el espacio. Y es evidente que el obús no viaja. El viaje, decíamos, es algo que hace el hombre; es esencial al viaje, para serlo, que lo realice el hombre. Pero todo hacer del hombre está enderezado siempre a un fin; hay que ubicar todos los haceres del hombre, con un «para» esencial. Lo que hace el hombre, lo hace porque puede hacerlo. El hombre viaja porque tiene necesidad de viajar -desde automovimiento y voluntad, hasta visión y previsión-. Lo que nos interesa principalmente es «para» qué, en vista de qué, viaja el hombre. Se podría hacer una clasificación -y no digamos una enumeración- abundantísima de los viajes en vista de sus motivaciones o fines. Pero a nosotros nos bastará establecer una bipartición solamente: de un lado los viajes que se hacen exclusivamente para ver, y de otro los que se hacen para proveer, que son todos los demás (para proveer a necesidades o exigencias de múltiple índole). He aquí ya los viajes divididos en dos grandes grupos. Ahora examinaremos los caracteres diferenciales de uno y otro grupo. Hay una característica nota distintiva entre estos dos tipos de viaje que es la que va encerrada en su misma denominación. En los viajes que se hacen para ver, el viajero, en tanto que tal, queda convertido en puro espectador y cuando se ha visto aquello que se va a ver ya está agotada la virtualidad del viaje y hay que dar este por terminado. Si se hace otra cosa que no sea este mero ver, este resbalar por la superficie de paisajes, este estamparlos en la retina, ya se ha mixtificado el viaje, ya no es un viaje de ver, sino de proveer. Por ejemplo, si el viajero, encantado por la gratitud de un clima, se queda en un lugar determinado una temporada, ya lo que hace es proveer a su salud, a su gusto; o bien, si seducido por un abundante material arqueológico se detiene a investigar, a «proveerse» de datos..., etc., etc.; en todos estos casos ya no es un viaje puramente espectacular sino además de provisión. Esto suele ocurrir con frecuencia en la realidad, sin embargo, es preciso distinguir rigurosamente una cosa de otra porque ahora vamos a ver a cuál de estos dos tipos pertenece nuestro viaje, y las consecuencias que han de derivarse de su naturaleza en orden a una memoria del mismo. Parece claro que nuestro viaje pertenece a los viajes de ver. Por lo menos, que yo sepa, no hemos hecho en él otra cosa que ver, pues nadie tendrá la pretensión ridícula -supongo- de haber investigado o estudiado en la fuga, casi correlativa, casi simétrica, de días y ciudades que ha visto nuestro crucero. Un viaje de ver ha sido el nuestro ¡que no es poco! Ya hemos llegado a una conclusión clara.

Ahora tenemos que llegar a otra, a determinar cuál ha de ser el tipo de relato adecuado para un viaje de esta índole. Es evidente que un diario, sea de la índole que fuere, es una constatación de vivencias, un contar lo que le pasa a uno. ¿Y qué es lo que le pasa al hombre cuando viaja, en términos generales?

Hemos hablado hasta aquí de «para» qué viaja el hombre; pero nada hemos dicho todavía de lo que le pasa al hombre cuando viaja, que modificación vital característica experimenta el hombre al viajar.

El viajar se opone al permanecer en un sitio, al residir. El hombre en su vida ordinaria tiene fijada una residencia en cualquier lugar. En esta residencia el hombre realiza su modo de vida, en el que se le da lo cotidiano -lo cual no es la mera referencia cronológica que lleva de sus actos, sino algo mucho más amplio- lo habitual, ese mecanismo indispensable del vivir. En la vida cotidiana se integra lo adyacente a la persona en un organismo familiar donde cada aspecto ambiental está engranado dentro del ámbito circunstancial en que la persona se mueve. Se nos patentiza en lo cotidiano en todo momento la funcionalidad de cada parte de ese organismo vital que es el ambiente.

Ahora bien, en el viaje, frente a la familiaridad de la residencia, empezamos por sentirnos forasteros, extraños -o extrañados-; estamos desambientados o fuera de ambiente, vivimos en lo extraordinario, es decir en algo pasajero, pues sin este carácter de momentaneidad lo extraordinario y desacostumbrado se convertiría en ordinario y habitual. En el viaje vivimos, pues, en lo pasajero. La palabra misma nos conduce por sus vías a este carácter esencial de viajar que consiste en que el viajar es un pasar en sentido estricto -cuando vamos a embarcarnos tomamos «pasaje»-, es decir, que lo que le pasa al hombre cuando viaja es que él mismo pasa, pasa de un sitio a otro, pasa a través de. Pero no es este el sentido de lo pasajero que buscamos. Este es el hecho físico del desplazamiento, esto es, en definitiva, lo que le pasa a su cuerpo. Pero lo que nos interesa descubrir es lo que le pasa a su conciencia, o lo que pasa ante su conciencia. Ahora bien, lo que pasa ante la conciencia del viajero, en tanto que tal, es lo que pasa ante sus ojos, es decir, lo que ve: visiones, estampas, paisajes, espectáculos, panoramas, en donde «paisaje» no tiene una estrecha significación pictórica, plástica, sino un sentido de plenitud perceptiva.

Estas son las vivencias específicas del viajero espectador. Estas han sido también, claro está, nuestras vivencias en el crucero que acabamos de realizar. Por lo menos diré -porque no quisiera entrar en discusión con ningún compañero de viaje que manifestase cosa contraria- que mis impresiones han sido de este tipo, las mías, y a ellas, naturalmente, habré de atenerme y ajustar mi memoria, en la cual, consecuentemente, no se espere ver armazón constructiva -lo cual desvirtuaría su fidelidad en aquello de lo que es memoria, su carácter esencial de relato de viajero- sino transcurso cinematográfico de retazos hilvanados no en un hilo lógico, sino cronológico, desfile de paisajes y pensamientos en el desconcierto del transcurso real...

A medida que vamos atravesando nuevos núcleos urbanos, perfilados y distintos por condiciones étnicas, religiosas, civiles, nuevos enigmas atormentan mi espíritu con el tormento dulce e inquietante que sufre el alma cuando se siente presta a desgarrar la virginidad prístina de las cosas. Porque todo va pasando ante nosotros en visión rápida, casi cinematográfica. Nuevos horizontes se substituyen y suceden sin cesar y el desasosiego intelectual se multiplica. Cuando la psique está pronta a romper la corteza de sensaciones para hallar la almendra dulce de lo óntico, el paisaje se ha esfumado y le ha substituido otro nuevo que avasalla con la pujanza de lo presente. Por eso la pregunta que surge siempre: ¿cuál es el horizonte vital de esta gente? ¿qué piensan, qué creen, de qué se preocupan, cómo conciben el mundo y la vida?, en suma, ¿cuál es el

ambiente de este pueblo?, queda siempre incontestada. Por eso el relato más propio de este viaje ha de ser un recuento de impresiones estéticas en el doble sentido de la palabra y muy principalmente en el etimológico. Pretender conocer otra cosa sería insincero. La visión estética tiene esa rapidez, esa frescura esa espontaneidad de lo que se sucede, de lo que pasa; es la visión viajera por excelencia...

I. LA SALIDA

En Barcelona estamos congregados el día 15 de junio un grupo de españoles dispuestos a emprender un viaje alrededor del Mediterráneo. Es decir, dispuestos a viajar; pero en el viajar hay que distinguir entre el ir por el propio país y el salir de él, lo cual casi equivale en términos un poco vagos a viajar por lo conocido o por lo desconocido.

Salir al extranjero, o desplazarse del propio país a países extraños, es cosa que se hace de muy diversos modos, por muchas clases de motivos, bajo las más varias circunstancias. Se sale al extranjero en viaje individual o colectivo, de un modo pasajero o permanente, con misión científica, recreativa, política, mercantil, etc., etc.

Para definir la naturaleza del viaje que vamos a emprender es preciso que determinemos primero la condición de los viajeros, e inmediatamente después, los fines que mueven la expedición y las circunstancias en que ha surgido.

Nuestra condición queda bien precisada diciendo que somos universitarios -profesores y alumnos- y mejor perfilada todavía si añadimos que pertenecemos en una gran mayoría a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid y, en una pequeña parte, a la misma Facultad de Barcelona y a las Escuelas de Arquitectura.

Los fines de nuestro viaje se desprenden de la condición profesional de los viajeros. Son, naturalmente, culturales. No es una […]

[Falta una hoja]

II. DÍA 16

En el mar

No nos conocemos o nos conocemos escasamente; pero el mar sonríe y la estela que va dejando nuestro barco es un buido cuchillo que va cortando, por no sé qué mágica virtud, los hilos que en la ordinaria vida urbana mantienen tensos y bien atados los espíritus, y estos se distienden, se desperezan, se desentumecen -como cuando después de un largo viaje en la estrechez oprimente del coche, se estiran con fruición las piernas-, se vierten unos en otros con abandono anárquico. (Como siempre, por supuesto, que entre dos continentes de alma se establecen corrientes de comunicación, hay entre los espíritus como entre los imanes una polaridad atractiva-repulsiva. Pero ¿quién sometería a leyes este fenómeno? ¿quién sería capaz de establecer positivamente una teoría de las psiques comunicantes como se hace en Hidráulica o en Electrología con los vasos y las masas eléctricas? ¿Cuál es la misteriosa estructura de la substancia psíquica -valga la expresión- que así escapa a la prisión rígida de las leyes positivas?).

Tendidos en las hamacas de cubierta miramos al mar sin cansancio, con plácido abandono. Las muchachas tienen los ojos húmedos, como si todo el mar se les entrara por ellos. Sus cabellos, ásperos de salino viento, flotan en el espacio. El cielo está nublado y la templada humedad ambiente -cemento de espíritus- nos funde estrechamente. Nuestras mentes están también un poco nebulosas, como en un principio de embriaguez. Ideas y sentimientos bailan dentro de nosotros una zarabanda erótica. Si somos sinceros habremos de confesar que en la música polítona que llena en estos momentos nuestros corazones, el contraste electrizante de los sexos no es una de las metas menos biensonantes. Todo se armoniza en difusa ilusión juvenil cuando, con un ansia jubilosa de lejanías, comenzamos a cabalgar sobre los lomos planos de este mar clásico y nuestro.

III. TÚNEZ

Me he levantado muy temprano con la grata sensación de navegar -hasta mi camarote llega el ruido de los motores de nuestra nave, que suena en mis oídos como alegre promesa de lejanías-. Salgo sobre cubierta, y el aire fresco de la madrugada -áspera y sana brisa salina- me envuelve como un medio tonificante llenándome de fisiológico optimismo. Hace poco que ha amanecido; pero en la misma proa del barco advierto un grupo de gente más madrugadora que yo, que maneja sus prismáticos. Deben estar mirando la costa africana. Me dirijo allí con curiosidad. Muy pronto la costa de África se hace visible a simple vista: al lanzar la saeta de la mirada en dirección horizontal, en vez de volar libre hasta el confín azul, se queda de pronto clavada en una tierra descolorida y lampiña. Conforme nos vamos acercando, van dibujándose más netamente los perfiles del paisaje costero. Pequeñas y suaves eminencias sirven de fondo o de soporte a algunos grupos de casas sin carácter, de rojizos tejados, casas como podrían encontrarse en cualquier lugar del mundo. El terreno es árido y desprovisto de belleza. En verdad nos dice muy poco esta primera aparición de otro continente. La costa tunecina, ojerosa y pálida todavía, parece acabada de salir, como nosotros, del sueño nocturno. A pesar de todo, y aunque el muelle en que desembarcamos poco después es tan anodino y poco original como el paisaje que lo circunda, mi afán vivo y alerta de asomarme un poco a los horizontes del mundo me impide desilusionarme. No hemos hecho más que empezar el viaje y la esperanza de lo maravilloso y extraño sigue enhiesta en mí.

Túnez

La ciudad de Túnez nos sorprende al principio con su europeísmo. Construcciones modernas; calles, plazas, comercios modernísimos; vehículos -automóviles, bicicletas-, trajes modernos. ¿Será que ya no hay África? Algunos feces rojos que circulan por estas calles se esfuerzan inútilmente en convencernos de lo contrario. Se nos asegura que Túnez tiene otra cara, esta sí, genuinamente árabe, la suya propia. Atravesamos, pues, de una vez, esta costra de civilización occidental y penetremos en el seno africano de Túnez. Para ello nada mejor que ir a visitar los zocos.

Los zocos

En medio de la ciudad europeizada que es Túnez en la actualidad, los zocos son el oasis del pintoresquismo, donde los ojos ávidos del viajero podrán beber el agua alucinante de los paisajes exóticos. Visitando los zocos en las horas de mercado se sorprende un girón auténtico de vida árabe.

Los zocos son, como se sabe, el lugar en que se congrega la población árabe para comprar y vender; la sede del espíritu mercantil de los musulmanes.

Es indudable que la actividad mercantil, apoyada en el sentido de propiedad, tiene en la naturaleza humana el profundo arraigo de una fuerza elemental. El hombre es originariamente comerciante. Es también originariamente conocedor-curioso, y es creador y adorador de

divinidades, y es artista y es otras muchas cosas; pero hay un hecho notable y es que en cuanto tiene ocasión mercantiliza la religión, el arte y la ciencia y hasta a sus congéneres, si le es posible, los convierte en materia traficable. Este hecho tiene su explicación adecuada en la naturaleza esencial del comercio. En efecto, el hombre al comerciar no hace más que proporcionarse cosas que necesita para su vida. Todo el mundo conoce el estilo del comercio primitivo -porque también aquí hay estilos-. No se conocía el dinero. El tácito pacto fiduciario que surgió posteriormente entre los hombres al inventar la moneda era demasiado complejo para que pudiera darse en estadios tan rudimentarios de civilización. El comercio consistía, pues, en un cambio recíproco de objetos. En este primario carácter del comercio es donde su esencia adquiere su más exacta expresión. Pues bien, si se concede que la vida humana es radicalmente un hacer con las cosas, ya se tiene explicada la preponderancia del fenómeno comercial entre los hombres. La radical practicidad de la vida humana hace del comercio esa cosa penetrante y expansiva entre los hombres. Pues bien, es de un profundo interés contemplar a todo color, cómo se manifiesta esta primigenia disposición humana en pueblos de otra raza, otra cultura que el nuestro.

Las transacciones mercantiles que se realizan en los zocos son siempre al por menor. Pero aquí es precisamente donde mejor se puede observar la actividad mercantil. El gran comercio internacional con la secuela de su potente tinglado bursátil no es más que una complicación o una falsificación. Cuanto más humilde y rudimentario, el comercio está más cerca de reflejar adecuadamente su significación radical, reflejándola perfectamente en el cambio de un objeto por otro.

Cuando el frenesí de la moderna civilización europeo-americana penetra una ciudad árabe, los últimos reductos en que el espíritu musulmán manifiesta su voluntad de perduración son el zoco y la mezquita.

La mezquita representa la religión y es sabido que las religiones son de suyo locales, circunscritas a determinados núcleos de gentes e incomunicantes entre sí. De este carácter exclusivista se desprende, naturalmente, la hostilidad entre ellas y a veces la guerra abierta. Por boca del creyente habla siempre la pasión divina y nada tiene de extraño que la religión constituya el último baluarte o refugio de un pueblo invadido.

Pero ¿y el zoco? El zoco es el mercado; el lugar del comercio; y el comercio, al contrario que las religiones, es de naturaleza ecuménica, penetrante y comunicativo por esencia, y más sirve para acercar pueblos que para separarlos. No obstante, el árabe señala con la supervivencia del zoco una línea neta de demarcación entre dos fisonomías culturales. El zoco es algo tan típicamente árabe como la mezquita. La primera nota característica es la condensación local de los establecimientos comerciales. El mercado árabe ocupa un barrio entero, una retícula de estrechas callejas, muchas de ellas cubiertas como galerías, formadas exclusivamente de tiendas y tenderetes que se suelen agrupar por afinidad de género de venta formando el zoco de los zapateros, el de los bazares, etc. Se venden en ellos los productos más variados, desde los alimenticios hasta los suntuarios.

Andando por estas callecitas de los zocos tunecinos hemos llegado a un oscuro soportal en donde hay instalado un café árabe. Unos indígenas, indolentemente tumbados en unos poyos de yeso y mosaico, fuman y beben pequeños sorbos de su diminuta taza al mismo tiempo que escuchan un canto desgarrado y melancólico que tiene dejos y gorgoritos de «cante hondo». Cuando cesa el canto un rumor de colmena atrae nuestra atención a nuestra espalda. A través del marco encantado del arco en sombra del portal se ve un extraordinario cuadro de animación y luz. Rojas «chechias», blancos turbantes, jaiques multicolores se mueven llevados por tipos morenos o negros cuyos rasgos fisonómicos revelan una gran pureza de raza. Estos hombres se

afanan descuidadamente en sus faenas ordinarias. Avanzamos por esta calle que es un zoco de bazares. A las puertas de las tiendas y sentados a la moda oriental, viejos árabes de luenga barba fuman su larga pipa o toman café, mirándonos pasar indiferentemente. Los vendedores salen de sus tiendas llenas de tapices, vasijas, bisuterías y otras mil zarandajas *ad usum* de turistas y nos acosan obsequiosos para que las visitemos. Fenómeno genuinamente oriental es el desmesurado regateo que veremos repetirse, como un *ritornello*, en los mercados egipcios, en las tiendecitas de Palestina y en los bazares de Constantinopla, como si toda la mercadería del Mediterráneo oriental obrara bajo el influjo de un tácito acuerdo. Con él el comerciante desorienta completamente al comprador que después de llevarse la compra por la quinta o sexta parte del precio demandado primeramente no está seguro todavía de no haber sido engañado.

Vendedores de *limonat* o de agua pululan por estas callejas transportándola en recipientes de cuero, parecidos a gaitas gallegas. En el zoco, pleno de color local, atrinchera el árabe su personalidad amenazada, y yo he barruntado una explicación de este fenómeno en la idiosincrasia hermética del musulmán, reconcentrado en su círculo vital, amante apasionado de todo lo propio y despreciador de lo extranjero. Ahí viene la mora velada, la fruta prohibida. He aquí otra prueba viviente de ese carácter exclusivista y egocéntrico del musulmán. Nadie destapará el rostro de esta mujer más que su poseedor. La mujer es propiedad privatísima del hombre. Nadie disfrutará de ella ni aun con la vista. ¿Quiere decir esto que el musulmán sea un excelso amador cegado de pasión? De ningún modo. Quiere decir, eso sí, que es un terrible egoísta, o, lo que es lo mismo, que es enormemente humano. En efecto, cada mujer permanece sumisa a un solo hombre. El hombre, en cambio, poseerá tantas mujeres como sea capaz de mantener. Ni más ni menos que el que mantiene caballos de lujo o automóviles. En este terreno el musulmán es muy diferente del europeo. Este, con su sentimentaloide monogamia, no es más que un hipócrita, subrepticiamente hace lo mismo que aquél: se proporciona tantas mujeres como puede costearse. El árabe, por el contrario, declara estatutariamente su poligamia en el Corán y este hecho, lo que a nosotros europeos nos parece monstruoso, no es más que un sencillo rasgo de sinceridad, con el cual se sitúa a un nivel moral más elevado que nosotros. Porque lo que necesita el hombre no es fidelidad a una mujer, sino fidelidad a sí mismo. Y esto es, quiérase o no, la poligamia: sinceridad consigo mismo, autenticidad.

Por otra parte, la mujer no se hace desgraciada con esto, porque permanece adscrita a su íntima verdad. La mujer es ante todo el principio femenino de la vida o, lo que es igual, un gran sexo con flecos de maternidad, y esta ¿cómo no? esencialmente necesitada de la férula o tutela o al menos ayuda varonil. La mujer musulmana es carne de harem, y siéndolo es más feliz, seguramente, que la desorbitada fémina europea. En los países modernos, la mujer es la primera que hace traición al «feminismo». La mujer no es feminista; desde el fondo de su corazón odia al feminismo. El feminismo es un invento masculino. Los hombres civilizados han inventado el feminismo porque están locos, o, si se quiere, enajenados, fuera de sí. La mujer lo acepta porque el hombre lo impone.

Así pues, cuando el movimiento femenino invade cada día nuevas capas de nuestra sociedad, encontrarse de pronto frente a estas simbólicas mujeres islamitas produce una íntima complacencia, algo así como si nuestro mecanismo vital -desgraciado tropo, pero ya está puesto- hubiese arreglado de pronto alguna pieza descompuesta cuyo anormal funcionamiento venimos notando hace tiempo. Pasan ante nosotros estas mujeres y fijan insistentemente su mirada parapetada en el tocado de nuestras jóvenes compañeras. Estas a su vez observan a aquellas con esa peculiar curiosidad que surge siempre entre dos mujeres que se encuentran, y unas y otras, tan distantes por la educación y el medio, se confunden un momento, idénticamente iguales, bajo el guion común del «eterno femenino».

IV. SUSA

Desde la Kasbah

La Kasbah o ciudadela de Susa, sede del gobierno militar, se levanta en lo más alto de la ciudad. Subidos a sus murallas miramos Susa a nuestros píes como una joya brillante engarzada en un gigantesco vaso de mar y cielo. El sol africano incendia la ciudad de blancas llamaradas, destacando nítidamente la redondez turgente de las cúpulas y el trazado geométrico de las terrazas. Las sombras se perfilan netas y azules, con una transparencia honda de agua marina; quiméricas piscinas, en su frescura umbrosa hunde el espíritu su calcinada dimensión estética. El pálpito vital de la ciudad asciende de lo hondo en forma de murmullo sofocado y vaporoso que enturbia apenas el ancho silencio.

La blanca calígine matinal y el exaltado cromatismo panorámico agostan, al nacer en el espíritu, los dubitantes, tiernos, brotes del pensamiento.

Durante un rato es preciso ser puro lirismo.

Las Catacumbas del Bon Pasteur

Susa fue en tiempos ciudad romana. Como lo fue fenicia y bárbara y bizantina y árabe y normanda y española y turca y, finalmente, francesa. Sin embargo, lo que verdaderamente es Susa es una ciudad árabe. Las demás denominaciones han resbalado sobre ella bastante superficialmente. De la época romana de los emperadores cristianófobos conserva Susa unas catacumbas cristianas llamadas del *Bon Pasteur*.

Hago punto y aparte porque, recorriendo sus laberínticas galerías subterráneas, se me han ocurrido varias reflexiones, inconexas y a flor de pensamiento. Helas aquí.

Es el caso, en este crucero, que la primera manifestación de vida -mejor sería decir de muerte- cristiana se nos presenta bajo el ambiente fúnebre y cavernario de unas catacumbas. Las catacumbas eran cementerios cristianos. Su fin primordial era alojar la muerte. Pero este fin era reversible y en los períodos persecutorios se convertía justamente en el contrario, es decir, en el de alojar y resguardar la vida. En estas etapas los cristianos se refugiaban al lado de sus muertos. Era la edad de oro del cristianismo la época de los mártires. Resguardaban sus vidas los cristianos en las catacumbas; pero estas vidas estaban tensamente proyectadas hacia un infinito ultraterreno, de modo que si eran descubiertos hacían poco caso de ellas y las entregaban incluso con placer, porque la muerte significaba para ellos el golpe del arco que había de lanzarles junto a Dios. Prodigaban su sementera de sacrificios esperando obtener una abundante cosecha de eternas bienaventuranzas. Así, sus actitudes no tenían nada de heroicas. Eran, sí, el reflejo propio de una fe acendradísima y exaltada, lo cual no es poco. Aquellos eran los tiempos en que el cristianismo vivía una vida auténtica nutrido de la savia potente de un martirologio espontáneo. ¿Qué sería de una religión sin mártires? El sacrificio es esencial a la vida religiosa. Cuando el hombre se pone en manos de un Dios e ingresa en una comunidad de creyentes, tiene que empezar por hacer el sacrificio de muchas cosas. Toda religión promete, pero al mismo tiempo y en conjunción, veda.

Toda religión promete fundamentalmente una vida eterna, feliz o atormentada. Casi todas las religiones manejan muy esencialmente los conceptos de sanción, premio y castigo, y, naturalmente, para que haya sanción es necesario que haya ley, ley divina. Al cumplimento de esta ley se supedita la consecución de la bienaventuranza. La ley de Cristo es esencialmente una ley de renunciamiento terreno y entre los sacrificios que exige al creyente está, como uno más, el de esta misma vida terrenal, cuando sea preciso. Por eso el cristianismo, cuando ha perdido en pureza sentimental tanto como ha ganado en frío cálculo mental, cuando ha substituido el gran corazón que debía residirlo por una gran cabeza, cuando ya no tiene mártires espontáneos y sí un enorme cúmulo de intereses materiales que lucha por conservar, para vivir, tiene que inventar mártires, crearlos, forjarlos y, comprendiéndolo así, aquella gran cabeza insinúa hábilmente la idea del martirio en hombres ingenuos que van a América o al Japón o a Australia y dan su vida en aras ¿de qué? ¿De mayor gloria divina? No: del opulento principado de la Iglesia. Sería preciso analizar hondamente la naturaleza del sacrificio; quizá encontráramos bajo este vocablo su concepto falso, al menos falseado.

¡Qué anchas perspectivas, qué hondos problemas morales abren estas consideraciones superficiales hechas al deambular por los obscuros corredores de las Catacumbas del *Bon Pasteur*, donde tantos auténticos cristianos yacen hechos polvo!

De Susa a Kairuán

Vamos de Susa a Kairuán por carretera. Llanura... llanura inmensa que ocupa toda la circunferencia visual. En ella apunta un bozo ralo de raquíticos yerbajos que pasta de vez en cuando un rebaño de camellos o de carneros guardados por pastores árabes. En las remotas lontananzas algún grupo minúsculo de palmeras copia su masa obscura en las aguas muertas de una laguna, haciéndonos sufrir por un momento el espejismo. El sol grita en la piel de los automóviles. Estamos en la antesala del desierto.

V. KAIRUÁN

La ciudad

En los folletos de turismo y en todas las partes aparece Kairuán honrosamente adjetivado. Kairuán, *Ville Sainte* de los árabes, grita la publicidad francesa. Sin duda por su gran número de mezquitas y, muy especialmente, por la Gran Mezquita, de capital importancia en el mundo islámico. Pero ¿es esto bastante? ¿Qué significa esto de que una ciudad sea santa? ¿Dónde radica la santidad de una ciudad santa? Como tendremos que visitar todavía otra «ciudad santa» más importante que esta -Jerusalén- dejaremos por ahora en suspenso estas preguntas, porque allí nos las hemos de volver a plantear. Por lo pronto diremos que Kairuán nos muestra su santidad a través de sus mezquitas; claro que comporta varias consecuencias importantes. En cambio, lo que sí muestra Kairuán desde el primer golpe de vista es un ambiente genuinamente árabe. Basta entrar en la ciudad para percatarse de que esta es la ciudad árabe por excelencia. Lo pregonan a gritos sus murallas, la disposición y forma de sus construcciones, sus mezquitas, zocos, habitantes... No es corriente ver europeos por las calles de Kairuán. Hay *quartier* europeo, pero es muy exiguo en comparación con la población árabe.

Tropos acuáticos paridos por la sed

De los cristalinos mares atmosféricos descienden sobre Kairuán grandes oleadas de sol que se rompen en la espuma deslumbradoramente blanca de las casas y los indumentos. Mientras nos bañamos en esta playa atmosférica -en brasas agarenas- sentimos la fresca tentación de los interiores húmedos y olorosos de cal.

La cal y el lino son la cándida égida con que el musulmán se defiende del tenaz sagitario solar. Co ello presta a sus poblaciones un aire de limpia y eterna novedad. Siempre recién encalados, estos poblados árabes parecen siempre acabados de construir; huelen a nuevos, a recién salidos de las manos del albañil.

Algunas veces, visto a través de las capas de aire caldeadas, el paisaje adquiere claridades temblorosas de ciudad sumergida.

Mezquitas

Las mezquitas de Kairuán son blancas. He aquí, sobre poco más o menos, los elementos materiales de la mezquita: sala de orar, con su *mihrab* y su *mimbar*, patio, fuente de abluciones y alminar.

Dentro de estos elementos se realizan muchas variantes arquitecturales impuestas por máximas estilísticas de época, etc. Por ejemplo, entre estas blancas mezquitas de Kairuán, expresión del más puro arabismo, y las mezquitas bizantinizadas de Constantinopla, pasando por las recargadas mezquitas de El Cairo, hay una notable desemejanza, pareciéndose algunas de ellas en su información significativa, en lo de ser templos mahometanos, pero nada en su

plasmación material. Entre las varias mezquitas que visitamos en Kairuán merece mención especial la «Gran Mezquita». Para dar algún dato histórico acerca de ella, resumiré aquí parte de la conferencia de a bordo del Sr. Gómez-Moreno:

> «En los últimos decenios del siglo VII -decía- no se sabe qué es esta mezquita, el sentido religioso es lo único que puede decirse de ella, y el sentido religioso, la exaltación piadosa en los musulmanes dice muy poco. Para su culto no necesitan nada los musulmanes; les basta cualquier cosa con tal de que sea un sitio limpio. La mezquita es el centro de atracción cultural del país. Allí se aprende a leer en el Corán; en este sentido, la mezquita de Kairuán es la más importante de todas. A fines del siglo IX se verifica un fenómeno que es el de la independización de todas las provincias que habían constituido la unidad del imperio islámico. El signo artístico que revela el predominio de los abasidas es la mezquita de Kairuán.
>
> La torre de esta mezquita es posible que sea anterior a la construcción del siglo IX. Esta construcción representa el punto de partida de la entrada del arte en África.
>
> Solo hay dos monumentos de este tipo: esta mezquita y la de Córdoba. Esta representa el poderío de los Omeyas, aquella el de los Abasíes. La analogía entre las mezquitas de Córdoba y de Kairuán es efectiva. Casi todos coinciden en que la de Kairuán es un remedo de la de Córdoba. Los franceses se empeñan en atribuir mayor antigüedad a la de Kairuán. No hay nada definitivamente resuelto sobre este problema».

La «Gran Mezquita» es el centro de atracción del forastero en Kairuán. En efecto merece serlo, tanto por su originalidad, estéticamente, como por su significación en el orden espiritual. La grandiosa sala de «las mil columnas», el patio y el minarete, forman un conjunto de sobria belleza.

Desde lo alto del alminar contemplamos Kairuán blanquísima -casi azul-, rectangular y hemisférica -cupulitas y azoteas-, en las primicias de la tarde. Su aspecto es parecido al de Susa, pero le aventaja en arabicidad, valga la expresión. No tiene mar; pero en cambio tiene la gran llanura de oro en medio de la cual brilla como un diamante engastado en el aro de sus murallas.

Cuando se visita una mezquita por vez primera se siente uno gradualmente invadido de sorpresa. Se sabe, en efecto, que se está visitando un templo, un lugar sagrado, para lo cual hay que empezar por cumplir una obligación ritual: descalzarse o calzarse las santas babuchas. Con este comienzo ceremonioso prepara el ánimo para gustar los misterios del sacro lugar, cuya pureza mancillaría cualquier calzado humano. Pero cuando se penetra y se mira aquí y allá, se nota que el hueco que habíamos abierto en el alma a la recepción del misterio permanece vacío. En efecto, el misterio terminó casi antes de empezar, en la ceremonia de las babuchas. El templo musulmán no tiene misterios; es abierto, franco y hasta, si se quiere, alegre. El templo cristiano, con su imponente aparato de imágenes, altares y capillas, con su luz tenebrosa y mortecina y su constante lagrimeo de cirios, es todo lo contrario del musulmán, y yo sé, por experiencia propia y ajena, que el respecto que produce en los niños no se debe a la fe y sumisión religiosa, no a la veneración divina, sino sencillamente al miedo. La mezquita, limpia de imágenes y recovecos misteriosos, no produce ninguna de estas impresiones. En ella se siente uno como en su propia casa, esto es, como en la casa del hombre, no como en la de ningún ser ultrahumano. En ella seguramente el niño no se siente medroso, sino que se pondría a jugar, de buena gana, sobre las sagradas esteras. (Lo que no se advierte por ninguna parte es el tan decantado «fatalismo». Este no está más que en el dogma coránico de la predestinación; pero no en la realidad viviente de los árabes. A lo que parece, este dogma ha inducido a error a mucha gente al juzgar la idiosincrasia

del musulmán, el cual tiene plena conciencia de la responsabilidad personal; toda religión que afirme la omnisciencia y omnipotencia divinas afirma implícitamente la predestinación y se plantea el formidable problema de conciliar esta con la libertad humana, la cual le es tan necesaria como aquella para justificar la sanción divina, el juicio final. Para remediar esto, otros falsos menesteres surgen en las religiones de Cristo y de Mahoma, en las escolásticas -la cristiana y la mahometana-, sedicentes escuelas filosóficas -sedicentes seguidoras de Aristóteles- con pretensiones de probatoriedad, que, al encerrar en rígidos moldes conceptuales el inefable contenido de la fe, lo estatizan y desfiguran, con lo que consiguen no llegar más que al fracaso, sin demostrar nada, porque la fe tiene exigencias muy distintas de las de la razón, y lo que para ella es evidente es para la razón esencialmente indemostrable).

El encantador de serpientes

A nuestra salida de la Gran Mezquita nos aguarda la orientalísima figura del fascinador de serpientes. En todo viaje por tierras del Oriente, es obligado el encantador de serpientes para que sea completo.

El pobre hombre insufla en su flauta, con las extrañas notas de su música, un influjo que hace a la serpiente salir de su saco y bailar, alargando la aplastada cabeza, una danza sonambúlica. En cuanto el hombre descuida su solo estrambótico, la serpiente arremete furiosa contra el corro del público o contra su mismo dueño. El encantador tiene que reanudar enseguida su sonata exótica con un ritmo acelerado para que la serpiente, recobrando sus actitudes hipnóticas, levante su cabeza chata hasta quedar casi vertical, magnetizada por la música, encantada de la vida... Serpiente y domador se ayudan mutuamente en la vida. El domador alimenta bien a sus serpientes y estas dan de comer al domador. Serpientes y domador se odian y, sin embargo, viven en sociedad equilibrada. Exactamente lo mismo que los hombres.

Camellos

Frente a la Mezquita de los Sables, la de las siete cúpulas que parecen siete níveos senos de mujer, hay un grupo de camellos dormitando al sol. Los camellos y dromedarios que en Europa lucen su gibosidad tropical en los parques zoológicos, son aquí cosa corriente. He ahí unos cuantos que se asan tranquilamente a la parrilla del sol. Unos están echados sobre sus patas, otros de pie; pero todos tienen la cabeza invariablemente levantada. ¿Están orando al sol místicamente -así como las vacas son lunáticas, los camellos son heliómanos- o bien adoptan está actitud porque están todos imbuidos de la rijosa altivez del jorobeta? Cuando se acerca uno a ellos se desvanece la duda: nada de altivo hay en ellos, oran al sol los camellos. Sus ojos son dulces y retratan una bondad y una paciencia inextinguibles. Su empaque tiene el extático hieratismo del iluminado. Los movimientos son sosegados y de una mística suavidad. Los camellos deben ser los santos de los animales, si es que los animales tienen santos.

VI. LA VALETA (MALTA)

La isla de La Valeta

En la mañana del día 19 comenzamos a ver la isla de Malta. A las 11 aproximadamente navegamos muy cerca de su costa y estamos próximos a La Valeta.

El día está nublado y el mar apacible como una lámina de acero. La isla se muestra con un aspecto exótico y un tanto salvaje. En los flancos de la costa, tajada y monda, se marcan muy precisamente por algunos puntos los estratos geológicos. Su color es gris y amarillento, dando la sensación seca de la piedra y la arcilla. En toda la extensión que abarca la vista ninguna masa de vegetación esponja esta sequedad del paisaje con su humedad verdegueante. A lo más un matujo o un arbusto aislado yergue acá y allá su desmedrada envergadura. A la derecha, sobre un cielo color de perla, se siluetea la obscura masa de las fortificaciones de La Valeta y las eminencias ligeras de sus cúpulas y torres. Nueve buques de la escuadra inglesa, alineados militarmente, dan escolta a la ciudad.

Ya no son las gaviotas las que trenzan sus rutas blancas alrededor de nuestro barco, los únicos pájaros que revolotean en torno nuestro cuando entramos en el puerto de La Valeta son enormes y plateados aviones.

Murallas

Hemos fondeado en la amplia rada de La Valeta. Hasta sus aguas descienden de lo alto de la ciudad, imponentes y negros, los bastiones de la ingente fortificación. El cielo nublado deja caer una luz opaca. Las sombrías murallas ensordecen el ánimo con su omnipotente grito de piedra. Aquí y acullá levantan sus gigantescos lomos y sus pesadas plantas se hunden en las aguas eternamente asombradas. En estos amenazadores lienzos de muralla que erigen por doquier su mole grisácea, parece velar eternamente el espíritu épico del medievo.

Malta, en el lenguaje simbólico de las cosas, habla con toda propiedad el idioma de la guerra. La geografía y la historia contribuyen a ello de consumo. Las necesidades guerreras la han guarnecido de potentes fortificaciones. Su situación estratégica en medio del Mediterráneo y su suelo rocoso y estéril que le presta condiciones de fortaleza natural, hacen de ella un formidable puesto militar. Inglaterra, siempre ojo avizor de los mares, le tendió cuando pudo uno de sus tentáculos de pulpo, y no es fácil que suelte esta presa que tan bien protege su comercio marítimo con Oriente.

La Valeta

Cada ciudad en su estado actual manifiesta un preponderante reflejo histórico. A través de las varias modalidades históricas por que una ciudad ha atravesado, una de ellas, sobresaliendo de todas las demás, marca su impronta en un momento dado. En La Valeta esta impronta es la de los caballeros de la Orden de San Juan. Su ambiente queda entonado según el módulo -mezcla

de cuartelario y cenobítico- que informaba el espíritu de las famosas Órdenes Militares.

Cuando se entra en la ciudad... (No es muy propia la expresión; a La Valeta no se «entra» más bien se «sube». Soportada por un ingente basamento de rocas, La Valeta se eleva a muchos metros sobre el mar. Apenas se franquea el umbral de las murallas, al desembarcar, se encuentra uno ante un gran arco excavado en la roca, que por su espesor más que arco parece túnel. Aquí tiene el viajero dos caminos para subir al centro de la ciudad: o dar un gran rodeo por callejas suburbanas, o bien franquear el arco y tomar el ascensor que sube directamente a lo largo de una torreta de hierro. Con este estilo doméstico subimos nosotros a la Valeta). Cuando se entra en la ciudad, decía, el aparato guerrero del puerto queda neutralizado por el ambiente religioso: el aire vibra frecuentemente de eclesiásticas campanas; en muchas esquinas y fachadas se suelen ver hornacinas o imágenes sagradas; buen número de sacerdotes circula por las rúas y hasta las mujeres ataviadas con la típica *faldetta* tienen un aire sacerdotal. La *faldetta* es una especie de velo negro que cubre desde la cabeza hasta medio cuerpo. Es prenda típicamente maltesa y a lo que más se parece es al atuendo que en algunos ocultos pueblos castellanos improvisan todavía las viejucas, sobre todo cuando llueve, y que consiste en arropar su cabeza con la saya superior dejando al descubierto la saya bajera.

Pero recorriendo las calles de la Valeta se siente uno invadido por otro movimiento más fuerte que estos, que llega a hacerse obsesionante: es la obsesión de la piedra. Sin duda la primera impresión que se recibe al visitar una ciudad es la que tiende a persistir, y se suele contemplar todo bajo el prisma visual de esta impresión primera. Por eso, durante nuestra visita a La Valeta, de cuyas murallas ya hice mención, la obsesión de la piedra ha pesado abrumadora sobre mí, acompañándome incesantemente. Ha debido contribuir a ello también el color del día hosco y encapotado -al entrar en la *Prazza Forsse* gruesas gotas de lluvia se rompían sobre el pavimento-. En un día claro y soleado no dudo que la impresión de La Valeta debe de ser muy distinta, pero de todos modos lo de la piedra no es ningún mito.

Las calles son perfectamente perpendiculares y están tiradas a cordel. Se agrupan en torno a una arteria principal, la *Strada Reale*. Esta disposición produciría un efecto monótono, si las cuestas inverosímiles en que se empinan no lo impidieran. Que me perdonen los gobelinos y las armas del Palacio de los Grandes Maestres; que me perdone también Mattias Creti, «El Calabrés», decorador de la iglesia de *San Giovanni*; que me perdone asimismo el museo, pero confieso que no cambio nada de eso por un simple paseo a través de las calles de La Valeta adyacentes a la *Strada Reale*. Abundan los palacios y, en general, casi todas las casas son de señorial aspecto, con sendos escudos sobre las puertas, o doblados sobre las esquinas. Cuando se deja de mirar al suelo y ver a la gente -comerciantes, artesanos, burgueses, vestidos a la europea- y se levantan los ojos a lo alto, cree uno caminar por una ciudad soñada, tal es el pintoresco laberinto que se muestra de miradores con su vidriera, balconajes extraordinariamente salientes de las fachadas, gárgolas, imágenes de santos, y otras mil muestras de una extraña arquitectura, que teniendo reminiscencias de varios estilos, no se puede decir que pertenezca a ninguno de ellos. Desde lo alto de las murallas, en el lugar en que deja el almenaje, se ven los puestos de artillería con los cañones permanentemente apuntando a un enemigo invisible, y sus montones de balas al lado. Si se mira abajo se puede seguir con la vista la sinuosa línea costera llena de promontorios y fortalezas -fuertes de S. Angelo, Ricassoli, San Telmo-; en el fondo de la rada la escuadra inglesa del Mediterráneo alinea sus buques, pequeñitos desde aquí como juguetes, y más allá, solo y como extrañado de esta marcial fanfarria, nuestro Ciudad de Cádiz, blanco y cándido, parece una avecica posada en el mar, que tiene, bajo las nubes, un color de hojalata brillante y nueva. Por la izquierda se domina una dilatada vista sobre la ciudad.

Todas estas impresiones, sucediéndose rápidamente confluyen en un estado de ánimo indefinible, pero en verdad agradable. Se podría resumir diciendo que es el estado espiritual del alma viajera -del trozo de alma viajera que todos, más o menos, llevamos dentro- satisfecha.

VII. EGIPTO

Alejandría. Visión fugaz

Hacia el mediodía del día 22 atracamos en el puerto de Alejandría.

De la antigua ciudad de los Ptolomeos nos llevamos una visión huidiza, de minutos. El muelle mismo -donde se alinean junto al nuestro multitud de barcos de pequeño calado de todas las nacionalidades- es una calle de mucho tráfico por la que circulan tranvías, carros, gente. Hay también comercios de aspecto moderno, cosmopolita. Solo tenemos tiempo, en la hora escasa que permanecemos en Alejandría, de hacer una pequeña incursión por las calles próximas al puerto. Esta premura solo me permite llevarme unas pocas impresiones fugitivas, imperfectas.

Veo un gran árbol de follaje rojo brillante, que atrae vivamente mi atención -¿la *euforbia pulcherrima* de los naturalistas?-. Junto a las construcciones sin carácter, de tipo occidental, veo casas de pobre aspecto, con mucho maderamen y con el sello oriental de los salientes ventanales y celosías. Entre el público abigarrado -propio de cualquier puerto del mundo- destaca la nota local de las mujeres musulmanas, con el misterio de su velamiento, de su mirar entornado -negrura de ojos hondos y agigantados con el *kohl*-, de su extraña ausencia, como si al salir a la calle no estuviesen en la calle, como los demás, sino que se trajesen a ella con sus vestiduras, los muros de su castillo y harem cuyo interior nos mira.

De Alejandría a El Cairo

Muy pronto tenemos que dejar Alejandría, donde nada de egipcio se nos ha revelado aún, para tomar un tren que nos llevará a El Cairo. No me pesa ese pronto abandono de la vieja ciudad helenística, amustiada en sus sucesivas destrucciones y reconstrucciones, pues la impaciencia por sumergirme Egipto adentro me impulsa hacia adelante.

Ya estamos rodando hacia El Cairo, a través de la feraz campiña del delta. El ferrocarril bordea el delta por su lado occidental, corriendo paralelamente a la rama nilótica llamada Roseta, en cuyos extremos norte y sur se hallan Alejandría y El Cairo, respectivamente.

A lo largo del lado Alejandría-Cairo de este triángulo geográfico se desliza, pues, el trenecito en cuyo interior vamos llenos de la ilusión de las Pirámides. Por no sé qué ocultos motivos psicológicos, quizá por la novedad de su reconstrucción histórica, por el halo de literatura y de misterioso tópico formado en torno suyo, o bien por el interés de su viejísima civilización muchas veces secular y hasta hace poco recóndita en el corazón de las arenas del desierto.

Egipto ejercía *a priori* sobre mí, sobre muchos compañeros de viaje, una especial fascinación en este crucero. Por eso no es extraño que ahora no parezca un sueño que viajamos por tierras egipciacas. Y, sin embargo, no hay motivo material para que parezca soñada esta fértil, inmensa llanura que atravesamos; nada más natural que estas tierras cultivadas, que esta red que las cubre tejida de hilos de agua, acequias, canales, y que este hormigueo de gente que se afana en su cultivo. Egipto -suelen decir los historiadores y geógrafos- es el Nilo. El Nilo y su humedad fecunda que rompe por un momento la inhóspita sequedad del desierto, para alumbrar una de las

más largas y originales civilizaciones de la historia. Hoy, los sucesores de aquellos viejos egipcios, que, adorando a Osiris -el sol- como divinidad suprema, practicaban, no obstante, previamente este culto inmediato, o cultivo, de la tierra, continúan en el mismo culto campestre -son agrícolas-; pero de la primitiva civilización no queda más que la frigidez de las tumbas y de las piedras de museo. Sobre el viejo solar egipcio puede hoy el viajero contemplar superpuestos -principalmente- tres estratos de civilización esencialmente distintos.

El primero, el que sobre todo atrae al viajero curioso, es el auténticamente egipcio, el de los Ramsés y los Tutmosis, el de las pirámides y el Valle de los Reyes, el de Menfis y Karnack. Este está petrificado, no queda de él más que la letra muerta de los jeroglíficos y el testimonio exánime de los restos arqueológicos. Si acaso pervive algo a través de los tiempos de aquella época remota es alguna reminiscencia racial, física e insignificante; y ni aun esto es seguro. Los territorios geográficos cambian de pueblo como las casas de inquilinos; las razas se agotan y diluyen, las civilizaciones mueren. A través de las sucesivas ocupaciones, una estructura vital, bien determinada y palpitante todavía en Egipto, forma el segundo de estos estratos: es la civilización árabe. Esta pertenece ya al presente, a lo que es movimiento visible. Sobre este fondo común de cultura mahometana se extienda, alerta y actualísimo, el tercero de estos estratos visibles y fundamentales: el europeo. La penetrante Albión ha extendido sobre Egipto un tentáculo protector.

La anastomosis de estos tres elementos fundamentales constituye la fisonomía notable de las ciudades egipcias (por lo menos de El Cairo, de la cual tengo testimonio personal). Digo la fisonomía notable, porque entreverados con ella hay importantes núcleos de población que aportan su fisonomía propia. Así, un elemento importantísimo, sobre todo en el campo, es el *fellah*. Hay además coptos, turcos, sirios, beduinos, judíos, armenios, negros, sudaneses, etc., en variadas proporciones. Pero en realidad son tres culturas, tres modos radicales de comprender la vida, las que evidentemente marcan sus huellas, vivas o muertas, en Egipto: la vieja civilización egipcia, la mahometana y la moderna civilización europea que lo ha captado entre las mallas de su expansión universal.

Rueda nuestro tren entre palmas, a través de la verde llanura. Las ventanillas nos arrojan sin cesar a los ojos puñados de paisaje. Los horizontes lueñes se ven siempre asaeteados por el acento agudo de las palmeras. Estas palmeras egipcias son finas, altas, estilizadas y rematadas por una escueta cabellera. Por un caminito, coronada por esta gracia aristocrática de palmeras, alta en lo azul, avanza una elegante figura de mujer que parece arrancada de una página bíblica. Su andar es suelto y armonioso, la negra túnica la cubre de la cabeza a los pies, ciñéndose a su cuerpo en pliegues clásicos; con la mano sujeta en su cabeza el esbelto prestigio -inquieta curvilineidad femenina- de un ánfora.

Hombres, mujeres y muchachos, trabajan la tierra por todas partes, apenas cubiertos por el sintético *jaique* azul o blanco, en colaboración con sus bestias: mulos, camellos, búfalos y bueyes -los descendientes de Apis y de Thor-.

Aparte de los canales y acequias, se ven también con frecuencia otros medios para la irrigación, como son la noria de canjilones y el *shaduf*, un palo largo que actúa como palanca llevando suspendido de un extremo el cubo y del otro una pesada piedra.

En el cielo, el gavilán, en que encarnara hace cuarenta siglos el divino Horus, traza todavía su vuelo rapaz. En las estaciones vienen invariablemente a nuestra ventanilla vendedores y prestidigitadores ambulantes que al conjuro de unos raros estribillos se tragan un pollo galanamente o sacan una paloma de un vaso, para ganarse unas piastras.

De vez en cuando vemos pasar unos pueblos liliputienses, hechos de barro, que más bien que viviendas humanas parecen de industriosos animales. Sorprender la hilazón íntima en estos miserables poblados rústicos, donde hombres y bestias habrán de vivir en obligada promiscuidad, sería una de mis grandes curiosidades.

Conforme avanzamos va atenuándose la luz en la llanura, las palmeras se van quedando carbonizadas en la pantalla suntuosa del crepúsculo. Hacia las siete de la tarde hemos llegado a El Cairo.

El Cairo. Primeras impresiones

El Cairo. «Hotel Nacional». Camareros de betún. Cairo nocturno, charol europeo de autos y escaparates. Terrazas de cafés. Feces, turbantes y holgadas túnicas egipcias. Ninguna de estas humanas monedas de cobre engorda. Los únicos panzudos son europeos de traje blanco. Los egipcios tienen la misma delgadez que sus palmeras. En Egipto todavía hay plagas, una de ella ha caído sobre nosotros: la de los vendedores ambulantes. Ya no podemos andar ni movernos. Nos ahogaremos irremisiblemente entre sonrisas blancas, cigarrillos, postales y abanicos de palma. ¡Señor Dios de los turistas, sálvanos de perecer de este modo humillante; comprendemos que nos castigas justamente por nuestro gran pecado de llevar *salacot*, máquinas fotográficas y trajes estrambóticos; pero estamos contritos y te prometemos encasquetarnos el fez en cuanto nos libres de esta plaga que nos ahoga!

El Dios de los turistas ha escuchado nuestra ferviente súplica y nos envía ángeles protectores que en forma de policías ingleses y empuñando su espada de fuego -metamorfoseada en vergajo, para no alarmar demasiado- ahuyentan violentamente a los terribles atacantes.

Pero, ¡lo que es la gratitud humana!, a continuación nos hacemos reos de pecado mortal censurando la dureza de estos benéficos angelitos con traje «caqui», y se nos ocurre preguntar cuál es la verdadera plaga, si la de vendedores indígenas o policías extranjeros. Calor sofocante. Polvo de estrellas sobre el Nilo. Sábanas que queman y una pesadilla: las momias deambulan por las calles dando saltitos porque con los vendajes no pueden mover las piernas. En el comedor del «Hotel Nacional» me ofrece un banquete la princesa Nefertari. Una momia negra me sirve en la bandeja de su mano un escueto pescado del Nilo. La momia camarera se aleja con piruetas de film de dibujos animados y yo me quedo solo desliando mi pescado que viene envuelto en una venda interminable. Cuando termino de desliar saco una apetitosa Esfinge de Gizeh que devoro, a continuación engullo dos pirámides de arroz. Pero he aquí que yo soy también una rígida momia; no me puedo mover. Esto sí que no puedo tolerarlo, hago un esfuerzo supremo y... me despierto. Estoy liado en las sábanas como una cebolla. El calor asfixiante le obliga a uno a dar vueltas en la cama sin cesar.

Menfis

De la vieja capital del imperio menfita no queda apenas más que el lugar de su emplazamiento -algunos kilómetros al sur de El Cairo-.

De Menfis dos notas: una Esfinge y un coloso.

La Esfinge: pequeña y encaramada en su pedestal, con un fondo fragante de gracia vegetal -dos

altas palmeras sellan el azul con el aspa del abrazo desmayado- y un camello al lado, rumiando el aire embalsamado de líbicas arenas; pinta la minúscula esfinge menfita una estampa egipcia copiada de pitillera. Esta primera visión de lo egipcio no me da la idea profunda que proclaman los historiadores del arte. Mas como ante una esfinge es obligado pensar en la eternidad, una eternidad, así lo hago, pero me resulta una pequeña eternidad, una eternidad de bolsillo, la que esta esfinge menfita me proporciona en medio de su paisaje saltarín de verdes.

El coloso: es la efigie del más grande de los faraones, Ramsés II. Una plasticidad sabia en la técnica alumbró humanidad agigantada y rígida -lo parió muerto- en el gran cuerpo amorfo del granito. Y en la Menfis cortesana su majestad colosal velaba honrosamente la entrada del templo de Ptah.

¿Qué género de lanzada derribó al gigante por el suelo?

Ante nosotros está ahora tumbado boca arriba en el escorzo horizontal de los cadáveres. Está muerto el coloso -las manos pegadas al cuerpo y la sonrisa cristalizada entre los labios-. Está bien muerto.

Entre las cuatro paredes de su capilla ardiente recibe las exequias fúnebres del guía, y los turistas vestidos de blanco son grandes cirios que lo iluminan sin cesar con la llama expresiva de sus rostros.

Sakkara

Un poco al oeste de Menfis está Sakkara. Nuestra larga caravana de automóviles desfila ante la famosa pirámide escalonada, cuyos escalones señalan una ruta tendida hacia el vacío. ¿Quién subirá por ellos a la nada del punto geométrico? En un corte rápido, sin *sfumato* alguno, se pasa de un suelo de feracidad hortícola al arenal caliente del desierto, como en un gran juego de prestidigitación.

Y ya sobre la arena huidiza camellos y burros nos conducen a la mastaba de Ti y el Serapeo.

Las mastabas eran tumbas de hombres. Como una casa -véase su descripción en los tratados de arte- para vivir la postvida de la muerte. Cubre sus paredes una decoración multitudinaria -escultórica y pictórica- y de sentido mágico. Estas multitudes de hombres y animales que en el mundillo de una pared se afanan en quehaceres de vida y muerte sirven los fines ultramundanos del difunto. Sería curioso investigar por virtud de qué estado espiritual creía el egipcio en la eficacia operante de estas figurillas pintadas. El primitivo cavernícola, el de las pinturas rupestres, creía facilitarse la caza de animales representándolos plásticamente. El egipcio de las mastabas establece una relación más directa entre el signo y el significado: una relación identificadora. Esto nos lleva como de la mano al sugestivo problema del símbolo, el modo o los modos como lo simbolizado se halla en el símbolo, la naturaleza de la función simbolizante o significativa, y dentro de éste tendrían su encaje otros problemas más concretos, como son el papel que desempeña el símbolo en las esferas básicas de la actividad espiritual humana y el problema histórico y psicológico de las valoraciones efectivas de que ha sido objeto. Pero estos problemas que se me plantean a propósito de estas pinturas funerarias de la mastaba de Ti, no pueden abordarse en estas notas volanderas.

Serapeo. La mastaba era un sepulcro de hombres. El Serapeo fue todo un cementerio subterráneo. Pero sus tumbas no son de hombres, sino de algo superior: de animales. De animales dioses, claro está. El Serapeo era la necrópolis de los bueyes de Apis.

El resplandor rojizo de las teas va levantando con sus dedos rojos los velos de la sombra y descubriéndonos una manifestación simétrica de tumbas rectangulares y graníticas a ambos lados de la gran galería excavada en la roca. Entre esta monotonía de sarcófagos de granito, surge de pronto uno de brillante mármol negro.

El Serapeo lo inauguró el segundo de los ramésidas. Estuvo cubierto por las arenas del desierto hasta que lo descubrió Mariette en 1891. El Serapeo, homenaje de la idolatría a los dioses cornudos, debería ser una Compostela, una Jerusalén o una Meca de las Sociedades Protectoras de Animales.

Las pirámides

De Sakkara a Gizeh. Hacia las pirámides. Hacia la exhaución de una larga avidez espiritual. Allá están, azuladas e impalpables, un poco ilusorias todavía entre las gasas leves del espacio.

Hacia ellas va, rastreando el zigzag del camino, nuestra serpiente de automóviles. Hasta que no se está muy cerca de ellas no se pierde su sensación monolítica y la pura rectilineidad de sus aristas. Ante las pirámides lo más sensato es abrir el pasmo de una admiración silenciosa... ¡.....!

Se cuenta de un inspirado poeta del mar que no lo había visto en su vida, y habiendo sido conducido ante él se esperaba una explosión inmensa de su genio. Pero el poeta se limitó a exclamar, pasmado como cualquier mortal: ¡Cuánta agua...!

A nosotros, que no somos precisamente cantores de pirámides, nos sucede ante ellas algo semejante. ¡Cuánta piedra!, es lo único que se ocurre exclamar cuando se encuentra uno plantado ante las colosales tumbas.

Pero suponemos que el poeta reaccionaría en seguida de su primer asombro. Así también nosotros -perdónesenos este inocente juego de compararnos al elevado poeta- reaccionamos y, si no cantos líricos llenos de inspiración, sí se nos ocurren algunas consideraciones vulgares sobre las pirámides.

¡Cuántas piedras!, exclamamos. ¡Y cuánto trabajo estéril! ¡Y qué hermosa cosecha de vidas cruel e inútilmente destruidas! Más cruel e inútilmente que las que agosta el viento destructor de las batallas; más cruel e inútilmente, incluso, que las que consume poco a poco la llama fétida de la esclavitud doméstica, que parece la mayor profundidad de enfangamiento a que la moral humana ha descendido en la vida social. Hay, no obstante, esclavitudes más degradantes y odiosas todavía: la esclavitud de los pueblos a tiranos mil veces degenerados. No pretendo lanzar tópicos revolucionarios. Esto es ridículo. Pero las anteriores afirmaciones no son tópicos aunque lo parezcan. Esta es la verdad de las pirámides, que no por archirrepetida es lícito velar en un afán morboso de originalidad. Las pirámides, impresionantes por su masa, pero exentas de la huella poderosa del genio artístico creador; edificadas por la voluntad despótica de un soberano, son la expresión petrificada de un brutal impulso personal de perduración. Los obscuros motivos psicológicos que indujeron a aquellos poderosos monarcas a ordenar la erección de las pirámides fueron sin duda ocasionados en su mayor parte por la deificación de que eran objeto por parte de sus súbditos. Así, el pueblo egipcio, en unión de gentes extrañas prisioneras de guerra, obligado por el látigo real a derrocharse en aquella formidable gesta de piedra, tan inútil como colosal, era, como tantas veces en la Historia, víctima propiciatoria de sus propios extravíos.

Hemos visto ya tumbas destinadas a hombres -mastabas- y tumbas destinadas a dioses -Serapeo-.

Ahora estamos ante unas tumbas reales, es decir, ante unas tumbas destinadas, no a hombres ni a dioses, sino a una síntesis de ambas cosas. El rey, para los egipcios, a su elevada dignidad humana unía una superdignidad divina. A esta duplicidad de excelencias había de responder la suntuosidad y el carácter de la tumba real.

Salvando las eminentes cualidades de técnica arquitectural, es preciso reconocer que la idea de la pirámide, como núcleo de concepción estética, es simple, elemental y primitiva; está algunos pasos más allá, pero no muchos, de la de los prehistóricos megalitos europeos; los pasos estrictamente permitidos por la eficiencia de una matemática empírica. Es decir, que las pirámides en cuanto tal suponen estéticamente sobre aquellas construcciones megalíticas un avance longitudinal-técnico, pero no una modificación fundamental del concepto estético. La idea matriz, meramente cuantitativa, molecular, de la pirámide, alberga la misma norma rudimentaria, de solitaria simplicidad y de grandeza elemental, del dolmen o el menhir. Es la idea nuclear de la duración. «Que dure esto que aquí erijo; que dure por los siglos de los siglos, que dure para siempre, para la eternidad. Así no moriré yo nunca del todo, yo que lo levanto, yo que infundo en ello parte de mí mismo. Cuando se haya precipitado sobre el universo una catarata de siglos, aún quedará sobre estas piedras una resonancia mía, la reminiscencia de una palpitación entrañable de mi ser. Mi ser fue en esta piedra y será en ella eternamente». Este es el fondo explicitado de la intención humana que levanta estos gigantescos monumentos de piedra, con finalidad perdurante, desafiantes del tiempo inmensurable.

Por un empinado corredor hemos llegado a la obscura entraña de la Gran Pirámide: la cámara sepulcral. Es la oquedad cuadrada donde debía encontrarse el corazón, el latido de este gran cuerpo de granito. La «forma», el alma de la pirámide es la cámara sepulcral. El sepulcro, el receptáculo del cadáver, es su razón de ser, y lo mismo que en las pirámides, en la mayor parte de los monumentos egipcios, que, como ellas, son funerarios. El pueblo egipcio se preocupaba más de los muertos que de los vivos; estaba dominado por la idea de la muerte; de «su» muerte naturalmente, que no era «nuestra» muerte ni mucho menos. Toda cultura supone una concepción propia de la muerte, y esta, la concepción de la muerte que tenga un pueblo o una civilización, influye de un modo decisivo en su carácter y destinos. En definitiva, la idea que se tenga de la muerte, no del hecho concreto de morir, hecho misterioso que solo produce un estupor supersticioso en la humanidad, sino de él y de lo que significa, es la que modela la vida en sus más esenciales dimensiones. En este sentido las Pirámides de Egipto son un símbolo sugestivo y elocuente.

La Esfinge

Cerca de la Pirámide de Keops se levanta la Esfinge de Gizeh. El tiempo con sus limas ha ido borrando los perfiles escultóricos de la piedra caliza, dejando solo el boceto de la muerte. El tiempo, tratándose de estatuas, se comporta como el perfecto contraescultor; realiza al revés las operaciones del cincel. Este empieza su labor en la materia informe, aboceta y termina; aquél encuentra la obra terminada, aboceta y deforma. El boceto del cincel es la vida, el comienzo del alumbramiento después de la concepción. El tiempo, por el contrario, aboceta la muerte en las estatuas -sin previa concepción, claro está, la muerte no se concibe; está al fin de un proceso cuyo comienzo es, precisamente, la concepción-. La Esfinge de Gizeh está abocetada ya hacia la muerte; el cuerpo es una mole informe de piedra erosionada; la cabeza es lo único que conserva sus rasgos fundamentales, como es lógico que ocurra con una cabeza. La cabeza debe ser cabeza con todos sus […]

[…] esencia. Cuando la estatua se convierte en polvo ha dejado de ser estatua, ha dejado de existir, y ha nacido una nueva cosa, el polvo. Hay algo que no dura porque está fuera del tiempo, pero esto no es ni persona ni cosa; es un ser ideal o un valor, que no existen. El ser ideal «es» puramente; el valor ni siquiera es: vale, simplemente. Sin querer me he adentrado en un central problema metafísico, de lo cual me arrepiento, pues además de que no quisiera parecer pedante, es sumamente arriesgado emitir juicios sobre tales asuntos, pues ellos son de una grave responsabilidad, no como la ligera constatación de una impresión pasajera y personal. Además, con esto me he alejado de la Esfinge. Me he alejado tanto que ya no quiero volver a ella.

Museo de El Cairo

Henos aquí divagando. Divagando por las magníficas salas del museo de El Cairo. Divagando con los pies y la cabeza. La libélula de nuestra atención va posándose aquí y acullá en rápidos y breves vuelos -la libélula vaga, del verbo vagar-. A mí estas divagaciones de museo me marean invariablemente. Mi atención, que mi voluntad se esfuerza por esclavizar, es tan rebelde que nunca se pone a su servicio y se escapa cuando quiere a jugar, como los niños desaplicados. Mi voluntad corre tras ella hasta atraparla y de esta constante lucha entre las dos resulta que yo me vuelvo loco. Figúrese lo que ocurrirá cuando en nuestras visitas a los museos acuciados por la premura del tiempo tenemos que imprimir a nuestros pasos una celeridad extraordinaria. Es preciso en estos casos prender y desprender la atención rápidamente de los objetos, para lo cual hace falta una severa disciplina de aquella. Naturalmente, en estos trances las luchas que se desarrollan entre mi atención y mi voluntad son épicas. Y el resultado es que de estas visitas salgo siempre un poco mareado.

Nos empapamos de estelas, colosos, bajorrelieves, estatuas, momias, sillas, carros de guerra, joyas, etc., etc.

Contiene este museo la mejor colección de antigüedades egipcias del mundo, últimamente enriquecida con el hallazgo de la tumba de Tutankamón que contiene tesoros fabulosos.

La impresión recibida confirma la idea que me había formado de la escultura egipcia a través de libros y fotografías: una técnica muy perfecta al servicio de un arte impersonal y genérico -excepto en los períodos realistas.

Mezquitas y bazares

Dando un más que mediano salto ideal en el tiempo, pasamos de la vieja civilización egipcia otra vez a la civilización musulmana. Otra vez mezquitas, como en Kairuán. Muchas mezquitas -Sultán Hasán, Mohamed Alí, Ibn Tulun, Amr, etc., etc.-.

La mezquita de El Cairo difiere notablemente de la de Kairuán. Por ejemplo, el minarete ancho y pesado de aquellas, se hace delgado y aéreo en estas. Y así con los demás elementos. Todas estas variantes de orden arquitectónico y estilístico, no es a mí a quien toca señalarlas, ni sabría hacerlo, por ignorancia técnica. La impresión que producen estas mezquitas en el indocto, cuando las compara con las de Kairuán, es haber perdido la ingenua blancura externa y también su

ingenuidad íntima, religiosa. La blanca mezquita de Kairuán ha sido aquí suplantada por una mezquita colorinesca, y la virginidad de aquella, por cierto matiz traficante; el culto de algunas de estas mezquitas -abandonadas- es un culto turístico; los turistas son los únicos fieles -fieles de un día- y su sostenimiento corre a cargo del Estado. En cuanto a los bazares, también con algunas variantes, siguen la tradición de los zocos.

Pelotaris

Nadie lo creería: en El Cairo hay frontón vasco con pelotaris vascos. Los cuales nos invitan amablemente a un partido. Nadie dudará que es de un extraño efecto presenciar en El Cairo un partido de pelota vasca. Y más extraño todavía ver en sus gradas espectadores que se entusiasman con las jugadas y oír detrás de sí a un gordo árabe que con voz gutural suelta de pronto un «¡Viva Pepe...!» y se comporta con la pintoresca incorrección de un castizo taurófilo de nuestra tierra. Pues todo esto, aunque parezca mentira, lo hemos visto nosotros en El Cairo.

Y viéndolo hemos pensado en España y en la aventura deportista que corren estos pelotaris vascos -¿tradicionalistas?- exotizándose en pueblos lejanos donde su deporte no tiene ninguna tradición. ¡Como que solo la tiene en Vasconia! (¿Pero es que el deporte necesita tradición para arraigar en cualquier sitio? ¿Es que no es el deporte un típico producto de exportación?). ¿El pueblo vasco orientalizándose o el Oriente -el próximo y el extremo: he oído decir que hay pelotaris vascos en el Japón- vasconizándose? Lo último, sin duda.

Retorno

De nuevo rodamos por el llano llano. Los dedos de las palmeras teclean tenuemente en el piano de la brisa. La multitud poliétnica de los trabajadores de la tierra desfila ente nosotros rotunda de sol en la gran descubierta de los campos. Otra vez las aldeítas terrosas y diminutas; me asalta de nuevo la tentación secreta de descubrir el oculto tesoro estético de sus interiores de barro y desde mi ventanilla soy un melancólico animador de cuadros miserables de portentosa belleza...

Vamos de vuelta, embarcados en el crepúsculo sanguinolento donde se carbonizan las palmeras...

Vamos de vuelta... Vamos contentos por lo que este viaje tiene de retorno, de alegre ¡hola! a nuestro Ciudad de Cádiz y de recomenzar nuestra andadura marina, hacia nuevos horizontes; pero vamos también melancólicos por lo que tiene de ¡adiós! a El Cairo, cuyo vivo espectáculo, como todos […]

[Faltan hojas]

VIII. PALESTINA

De regreso de El Cairo, llegamos a Alejandría, ya de noche. El tren que nos ha traído desde la capital de Egipto -casi un tren especial por el gran número de expedicionarios que lo ocupábamos- ha atravesado nuevamente la fértil llanura que ocupa todo el delta del Nilo, bordeando una de las importantes ramas de este río, pleno de sugestiones históricas y legendarias. Nuevamente ha desfilado ante nuestros ojos maravillados ese paisaje egipcio de la llanura nilótica, subrayado siempre por la gracia esbelta de las palmeras y en donde una multitud de hombres y mujeres de razas asiáticas y africanas, descendientes y herederos de los adoradores de Osiris (el Sol), se afanan por doquier en sus faenas agrícolas, con sus sintéticas vestiduras, como si el tiempo se hubiera detenido en este gran oasis del desierto de Libia; con sus rudimentarios procedimientos de riego y de cultivo (el primitivo *shaduf* y el paciente búfalo, auxiliar inestimable en los trabajos del agro), como si no hubiesen transcurrido milenios desde la época remota de los faraones. De nuevo los minúsculos poblados rurales, de aspecto casi tribal, con sus viviendas, que son poco más que chozas, construidas de adobe sin revocar, nos han inquietado con la imaginaria evocación de sus interiores como algo de un exótico y misterioso arcaísmo; y de nuevo también el limo fertilizante del Nilo, desecado por el sol y convertido en un polvo negro, ha ido cubriendo poco a poco nuestros rostros, manos y ropas, de tal suerte que a nuestra llegada a Alejandría anhelamos las frescas duchas y baños purificadores de nuestro Ciudad de Cádiz. Volvemos a ver en el puerto nuestra simpática nave, destacándose toda blanca y limpia, entre un abigarrado conjunto cosmopolita de mástiles y pabellones, que nos acoge con un alegre cascabeleo de luces. Tiene ya nuestro barco para nosotros un prestigio casi familiar, casi doméstico; no es el navío público que acoge indiferentemente pasajeros de todos los países y condiciones, desconocidos entre sí, sino que es algo exclusivamente nuestro, como una prolongación de nuestro país, de nuestra universidad y aun de nuestro hogar, y un verdadero hogar flotante sobre el mar de esta gran familia universitaria que componemos. Por eso, cuando lo hemos abandonado, internándonos tierra adentro, para saturarnos de las maravillas de este país fascinante que es Egipto, él ha esperado pacientemente nuestro retorno y ahora ha encendido sus luces para recibirnos alegremente. Alegremente también lo abordamos nosotros, impacientes ya por recomenzar la andadura marina hacia nuevos y encantados horizontes...

Al embarcar nos asalta un verdadero enjambre de vendedores ambulantes, que acechan en el puerto la entrada y salida de los viajeros; nos ofrecen kimonos y otras piezas de vistosa sedería, muchos cigarrillos, calzados, pitilleras, carteritas y otros mi objetos; pero nosotros vamos directamente a las duchas y solo cuando salimos, ya limpios y vestidos, echamos mano al monedero y nos disponemos a emplear en estos caprichosos objetos las piastras que nos quedan. No necesitamos bajar; como el barco está pegado a tierra, los vendedores se han encaramado sobre cubierta y toda ella se ha quedado convertida en una pintoresca feria o zoco; las muchachas acaparan a los vendedores de chillonas sedas; están pasando un buen rato; nosotros nos dirigimos preferentemente a los vendedores de tabaco y objetos de fumador. Estos mercachifles orientales despliegan una actividad febril para colocar sus mercancías; en nosotros, como en todo europeo, ven ellos excelentes compradores que se dejan engañar y nos disputan chillando, denostando en su jerga árabe. Su indumentaria es también arabizante, aunque algo convencional en su pobreza, y sus fisonomías no dejan lugar a dudas sobre su origen musulmán. Yo compro precipitadamente unas bonitas sandalias de baño, una pitillera decorada con motivos egipcios y muchos cigarrillos.

Aunque el regateo es la salsa de la compra-venta entre orientales, yo no regateo para evitar que me marean con sus gritos guturales. Nuestro barco y nuestro pabellón y nosotros mismos hemos despertado aquí gran curiosidad y siempre tenemos «público» en tierra; bien es verdad que nuestra nave es la única que da señales de vida a estas horas; hay aquí muchos barcos junto al nuestro, de las más diversas nacionalidades, pero todos tienen cierto aspecto de obscuros veteranos del mar y están silenciosos y apagados como viejos monstruos dormidos sobre las aguas sombrías. A estribor tenemos uno, cuya marinería árabe hace sus reverencias a Alá sobre cubierta. También ha venido al puerto un encantador de serpientes que luce su música magnética delante de nosotros ante la perspectiva de unas piastras.

Pronto entregamos esta noche nuestros cuerpos al descanso reparador, y duermo en mi camarote cuando zarpamos de Alejandría, la vieja ciudad de los Ptolomeos, varias veces mártir del fuego bélico, inmediata heredera espiritual de Grecia y, en calidad de tal, cabeza y directora de una cultura de liquidación histórica. ¿Fue tal vez por esto por lo que uno de los máximos representantes de esa cultura fue una mujer? El helenismo, el alejandrinismo fue la última brillante crepitación de una civilización que moría: la griega. ¡Adiós, África clásica, y adiós, Alejandría, patria adoptiva de la ilustre Hipatia!

En un maravilloso crepúsculo marino, arribamos a la costa más oriental del Mediterráneo. Las riberas de Palestina, de Tierra Santa, se alzan ante nosotros como una misteriosa promesa de emoción... Y en el filo dorado de la hora vespertina, en esa fugitiva coyuntura de luz y de tinieblas que es el ocaso, se detiene ante Jaffa nuestra nave. Hemos caído en esta ribera extrema del *Mare Nostrum*, recóndita matriz sentimental de todo el mundo postrromano, acogidos por una apoteosis de luz divinamente ígnea, simbólicamente sangrienta. Es un ocaso de lumbres tembladoras que se acuesta en el mar. El mar, que nos acuna, es ya un ancho prado opalescente y estremecido donde, como en una piel viva y sensible, se abren místicas rosas de sangre; y Jaffa, la ciudad, impone ante nuestro ánimo absorto su caserío transfigurado en un montón de brasas; sus múltiples vidrieras se incendian todas como fanales votivos de la tarde. Poco a poco cae la noche y Jaffa enciende sus luciérnagas eléctricas sobre la rada en que duermen con el lomo fuera numerosos arrecifes.

Hemos llegado a la Tierra Santa de los cristianos, a la Tierra Prometida del pueblo israelita; tierra de historia sagrada y de sagrada leyenda. Hacia ella converge el pensamiento piadoso de millones y millones de hombres diseminados por la ancha haz del mundo.

Jerusalén, ciudad santa

Estamos en Jerusalén, la santa ciudad de Tierra Santa. Desde mi fresca celda de Casa Nova, golpeando aún en mi recuerdo la parla italiana y el rostro barbudo de los obsequiosos franciscanos, pienso que estamos en Jerusalén, en una ciudad santa por excelencia y me vuelvo a repetir la pregunta que me hice en Kairuán: ¿Qué es una ciudad santa? ¿Por qué es santa una ciudad?

Una ciudad es una célula de convivencia humana. Por lo general, en las ciudades se desenvuelven paralelamente todas las actividades de la vida social; pero a veces una de estas actividades se desarrolla extraordinariamente sobre las demás, predomina sobre ellas y da a la ciudad un tono o carácter particular con el cual queda unívocamente cualificada. Los elementos o factores determinantes de esta cualificación son muy diversos, pero pueden comprenderse dentro de dos grandes grupos: o son necesidades naturales -pueblos agrícolas, o mineros, o de

pescadores, por ejemplo-, o son fruto de azares históricos -ciudades guerreras, plazas fuertes, capitales-. Así hay, por ejemplo, ciudades cortesanas, ciudades industriales, ciudades universitarias... Entre todas destaca un caracterizado tipo de ciudad que es la ciudad santa. ¿Por qué, pues, es santa una ciudad? ¿Por qué a ciertas ciudades se las califica de santas? En rigor solo la última pregunta tiene sentido. Hay ciudades santas y ciudades santas. No todas son llamadas así con propiedad. Por ejemplo, una ciudad santa es Roma y una ciudad santa fue Compostela; una y otra no son santas según el mismo concepto. La santidad de Roma está encerrada en la corte del Vaticano; se venera en ella la santidad del Papa, del Sumo Pontífice, del supremo príncipe de la Iglesia Católica. Roma, más que santa, es una ciudad dos veces cortesana, en una de cuyas cortes se venera a un príncipe de estirpe sagrada para los fieles del catolicismo. Roma es, pues, ciudad santa en el sentido de ciudad sacerdotal o ciudad pontifical. Muy distinta es la manera como Compostela era ciudad santa. Compostela era el centro de las peregrinaciones del cristianismo medieval, gracias a la supuesta presencia en ella del sepulcro del apóstol Santiago. Se veneraba en Santiago de Compostela una reliquia, un santo lugar. Este tipo de santidad responde mejor a lo que debe ser una ciudad santa. De un modo o de otro se llaman santas a ciertas ciudades, porque tienen una esencial significación religiosa.

Pues bien, Jerusalén es la ciudad santa por excelencia.

En primer lugar, Jerusalén es ciudad santa en «tierra santa». Y esto sí que es original. Ciudades santas hay en todo el mundo, «tierras santas» no hay más que Palestina. Claro que tampoco ha habido en ninguna parte pueblos como el hebreo. Palestina no es «tierra santa» solo merced al cristianismo, sino, muy principalmente, merced a la historia del pueblo israelita. Antes de Cristo ya era santa esta tierra. Lo era desde que fue Tierra Prometida por el Dios de los judíos a su pueblo y desde que fue habitáculo de este pueblo, único en la historia cuya razón de ser ha sido la religión. En efecto, política, militar, artísticamente, el pueblo hebreo ha sido un fracaso, porque su destino histórico estaba fuertemente polarizado hacia fines religiosos. Cristo, aunque es un innovador, un revolucionario ardiente, y precisamente por serlo, no hace más que continuar la línea histórica esencial del pueblo judío. Quiero decir que la figura de Cristo encaja perfectamente dentro de la esencial modalidad vital -la actitud religiosa- del pueblo hebreo, aunque su doctrina, su obra, desborden de la severa y todavía un poco bárbara legislación de Moisés, y rompan violentamente con la tradición literal del judaísmo.

En esta «tierra santa», Jerusalén fue el centro principal de la religión mosaica y a su vez la cuna del cristianismo o, lo que es lo mismo, el sepulcro de Jesús de Nazaret. Así pues, Jerusalén es hoy doblemente santa: lo es hebraica y cristianamente. Los judíos veneran en él las ruinas del templo de Salomón; los cristianos, los lugares sagrados de la pasión del gran nazareno y su sepulcro.

Jerusalén es pues la ciudad santa por excelencia. Roma, además de ciudad santa, es capital de la monarquía italiana, lugar de peregrinaciones artísticas, etc. No se busque en Jerusalén arte en nada que no sea vida religiosa. Ella es la que nutre su existencia y la justifica; claro está que, al decir vida religiosa, no quiero decir que todo el que hace vida religiosa viva religiosamente. No es lo mismo. Es posible que en Jerusalén los que verdaderamente *viven religiosamente*, sean precisamente los que no hacen «vida religiosa», es decir los peregrinos. Jerusalén, por quien es verdaderamente santificada no es por el clero plurisectario que en él habita, aclimatado rutinariamente a los lugares santos como el guía al museo, sino por el peregrino que, estremecido de fe y sollozante, se arroja de bruces a besar la simbólica piedra del Santo Sepulcro.

Templos y sectas

Jerusalén está llena de «santos lugares», los cuales recuerdan algún episodio de las postrimerías de la vida de Jesús. Entre ellos es especialmente atractivo para el peregrino el Santo Sepulcro, y ello es muy natural ya que la heroica muerte del rabí de Nazaret, representa para la afirmación del cristianismo un hecho más importante y decisivo que toda su vida.

Los lugares santos, en cuanto tales, reducidos concretamente al trozo de roca que suelen ser, tienen una significación e interés exclusivamente religiosos, pues ni siquiera está probada su histórica autenticidad. Una tradición casi legendaria los ha consagrado. Sobre ellos se han edificado templos. ¿Templos suntuosos? ¿Templos bellos al menos? Nada de esto. Templos absurdos. Templos que carecen no ya solo de grandiosidad sino del más elemental buen gusto. Porque ni siquiera están construidos en un deliberado propósito de humildad, sino que tienen pretensiones de magnificencia. Casi todos ellos son feos arquitectónicamente y horriblemente decorados. El «mejor» de ellos, el del Santo Sepulcro, es, en este sentido, el peor. En él, las diversas Iglesias o sectas cristianas -latinos, griegos, armenios, coptos, sirios jacobitas- compiten en la falta de sentido estético, colgándole a sus capillas respectivas, sin ningún orden, cientos de lamparitas, candeleros, cortinas y otros mil adminículos, que le dan al interior del pobre templo todo el aspecto de una coqueta pueblerina endomingada. Y algo semejante ocurre en los demás.

Por eso, aunque es natural que el creyente que viene henchido de fervor a postrarse con unción ante estas rocas salga de estos lugares con el alma inundada de satisfacción, no lo es menos que para conseguir la plenitud de unción ha debido previamente liberarse de la mala impresión que forzosamente debe producirle este mal gusto que salta a la vista por todas partes.

Todas las sectas del cristianismo tienen en Jerusalén adecuada representación, con sus patriarcados, templos enteros y capillas levantadas en torno a los lugares santos. En estos las sectas tienen frecuentes litigios y se disputan el terreno ladrillo a ladrillo. Además de cristianos y judíos hay en Jerusalén buen golpe de musulmanes, los cuales tienen su culto en la mezquita de Omar. Estéticamente no puede decirse de este templo musulmán lo mismo que de los cristianos, sino todo lo contrario. Conservo de ella, sobre todo, un gratísimo recuerdo: los bellos colores de sus vidrieras; no recuerdo haber visto otras semejantes.

Calles de Jerusalén

Esta mixtura de sectas y religiones tiene su reflejo adecuado en el aspecto y en la vida total de la ciudad.

Jerusalén queda dividida en cuatro barrios: el mahometano, el cristiano, el armenio y el judío.

Durante el día, las calles de la vieja Jerusalén, llenas de gracia antigua y un poco provinciana, empedradas y sinuosas, son un pintoresco bullidero de gentes abigarradas. Circulan por ellas judíos de larga y lacia cabellera, nariz aquilina, ojos pequeños y vivos y raído chaquetón; popes de la Iglesia griega, de notable corrección de facciones y ojos y barba negrísimos -todos ellos se parecen notablemente, como si los hubieran hecho con moldes-; frailes latinos; beduinos con sus típicos turbantes atados con una cuerda a la cabeza; armenios, sirios, musulmanas veladas y chiquillos y mendigos que desgranan tras el viajero sus interminables rosarios de ¡bacsis!... No falta entre esta compleja muchedumbre el policía inglés, rígido e incoloro, que es la nota sosa en esta salsa humana sabrosamente sazonada.

Cuando entra la noche toda la vida se recoge en los interiores, huye como por ensalmo hacia la placidez secreta de los dormitorios o de las terrazas abiertas a los profundos cielos y los arroyos se quedan desiertos, silentes, misteriosos, como encantados en las telas de araña de la sombra. Entonces se camina con fruición por la ciudad dormida bajo las estrellas, ya sea por calles abiertas a su lechosa luz, ya por los intricados laberintos de callejitas cubiertas y obscurísimas del barrio judío o árabe. No se oye el menor ruido y si acaso transita alguien a esta hora, se oyen resonar sus pasos en el empedrado, marcándose nítidamente en la plana lisa del silencio. En estas horas se siente uno vivir palpando el misterio, escucha uno la música de su propio corazón. La Jerusalén nocturna es enormemente sugestiva y es ya posible gustar de sus encantos. Hace poco tiempo todavía no lo era por los frecuentes desmanes de los bandidos beduinos.

Paisaje jerosolimitano

Tranquilidad del paisaje jerosolimitano. Humildad del paisaje jerosolimitano. Cordialidad del paisaje jerosolimitano. Como se ve, reflejo de virtudes específicamente cristianas. ¿Es un azar que haya este mutuo acuerdo, este acercamiento, esta simpatía entre el paisaje y las ráfagas de preeminente humanidad que lo animan? ¿Es, por el contrario, una ley misteriosa que se cumple? ¿Es quizá error de apreciación, construcción subjetiva, pura proyección sentimental, pura *Einfühlung*, y objetivamente no existen tales calidades en el paisaje? He aquí varias preguntas que no se pueden contestar así, de pronto, como no sea un poco superficial y empíricamente. En cuanto a la última pregunta, parece evidente que se pueden establecer ciertas categorías objetivas en el paisaje, por ejemplo, estéticas. El paisaje es objeto de apreciación estética lo mismo que una obra de arte. Ahora bien, a los valores estéticos en las obras de arte se aplican con perfecta licitud categorías no estéticas que apuntan metafóricamente a distintas modalidades y matices, estos sí, puramente estéticos. Por ejemplo se habla de colores fríos y cálidos, pesados y aéreos, anchos, chillones, etc., etc., etc., y no solo del terreno de las sensaciones, sino también de terrenos tan apartados de la estética como el de la ética, por ejemplo, y el de otras muchas esferas, se pueden obtener calificaciones estéticas con perfecto derecho, y viceversa. No es más que una cuestión de lenguaje. La riqueza poliforme de la realidad supera con mucho a la del idioma más rico y es preciso valerse de las palabras que se poseen para designar aspectos o formas de aquella que carecen de nombre propio. Por consiguiente, no es ilícito hablar, por ejemplo, de paisaje humilde, tranquilo y cordial, ni hay en ello necesariamente hueca palabrería.

Estas notas, decía, caracterizan al paisaje de los alrededores de Jerusalén. No participa, en efecto, ni de las fragosidades salvajes de la alta montaña, ni de la grandiosidad del mar, la llanura o el desierto, ni de las estridencias del praderío y la montaña verde... Es un paisaje de modestas tierras de pan llevar, discretos montes, vegetación pobre y colores sobrios.

Si al atardecer se echa uno fuera de las murallas de Jerusalén y busca una atalaya propicia en las afueras, podrá reposar su alma en el dichoso silencio de sus valles y embriagarse del verdor argentino de sus olivos patriarcales, mientras una luz suave lo baña todo en doradas perlas vesperales; se sentirá uno como sumergido en un remanso de aguas tranquilas y familiares... y del ambiente trasañejo de nuestra infancia -española y castellana-, encerrado en los odres del recuerdo como un vino, subirá una vaharada perfumada de cristianismo y evocaremos la figura espiritual, supremamente elegante del joven profeta de Nazaret que hizo vibrar su vida por estos campos, como un arpa sublimemente pulsada, arrancando de ella la más deliciosa música que jamás oyera la Humanidad en el concierto perennal de vidas humanas que es la Historia.

Y ahora, volviendo a las primeras preguntas, recuerdo que Galdós, hablando de nuestro desolado paisaje manchego, cuyos horizontes se pierden de vista, tan propicio a los más descabalados juegos de la imaginación, dice que solo en ese escenario hubiera podido vivir y desarrollar su delirio la figura de Don Quijote. En un paisaje verde y sonriente -viene a decir- «Don Quijote habría muerto en flor después de su primera salida sin asombrar al mundo con las hazañas de la segunda».

El paisaje en que se vive es, indudablemente, uno de los elementos que modelan la personalidad. Es posible que Jesús no hubiera sido lo que fue si en vez de vivir entre estos valles y montes hubiera nacido y vivido en otros parajes de caracteres distintos a los de Jerusalén y sus alrededores.

El Muro de las Lamentaciones

Hemos visitado, naturalmente, en Jerusalén el famoso Muro de las Lamentaciones. Este muro es, como se sabe, una ruina del templo de Salomón, que se comenzó a levantar, según versión bíblica, «en el año cuatrocientos y ochenta, después que los hijos de Israel salieron de Egipto, en el cuarto año del principio del reinado de Salomón sobre Israel, en el mes de zif, que es el segundo...».

Es en la actualidad un lienzo de pared construido de grandes bloques de piedra. Oigamos otra vez a la Biblia sobre la reconstrucción del templo: «... y la casa -dice-, cuando se edificó, fabricáronla de piedras que traían ya acabadas, de tal manera que cuando la edificaban ni martillos ni hachas se oyeron ni ningún otro instrumento de hierro».

Frente a este muro se halla una larga fila de mendigos judíos, viejísimos y astrosos, de larga barba, estupendas cabezas de estudio y representantes típicos de la raza israelita. Están todos sentados en el suelo, como un montón de harapos. Algunos hablan entre sí con tono quejumbroso; otros comen o leen, y los más permanecen silenciosos e inmóviles. Se les ve avizorar la muerte con sus ojos minúsculos; tienen expresiones tristes, abatidas o simplemente estúpidas y cree uno viéndolos -tan viejos son- que si volviera mañana habrían muertos todos.

Los plañideros se colocan con la cara pegada al muro y allí exhalan sus lamentos, sollozos y lágrimas. Son el pequeño comerciante, el labrantín, el conductor de camellos o la madre de familia; cualquier individuo de la grey mosaica que, dejando sus ordinarios quehaceres, se dirigen aquí en los días de lamentación y, en un momento, se transfiguran ante este muro ruinoso junto al cual vienen a verter su llanto melancólico o desesperado, abstraídos de todo lo que les rodea.

Algunos vienen impulsados por ese gregarismo inconsciente que capta adictos entre todas las religiones y hacen sus lamentaciones de una manera rutinaria. Me acerco a uno de ellos. Lee en un viejo libraco una extraña letanía y mueve su cuerpo rítmicamente a derecha e izquierda a medida que la va recitando en tono de amargo llanto. Pero me acerco más y veo que no hay lágrimas en sus ojos y que su expresión es obstinada y estúpida, no revelando la menor emoción. Indudablemente este hombre, mientras desgrana su elegía, tiene el pensamiento puesto en asuntos completamente terrenales; quizá en su última venta o en lo que tiene que hacer mañana... Este fenómeno de rutinarismo religioso prolifera abundantemente en todas las religiones; se tiende entre las masas poco cultivadas espiritualmente, que oficialmente profesan tal o cual religión, a hacer de las manifestaciones externas y rituales, de lo formal y vacío, la esencia de la práctica religiosa. En estos casos, naturalmente, todo suele quedar en mera gesticulación, y la auténtica vivencia religiosa, que es siempre íntima y acendrada, falta por completo. He observado el mismo

fenómeno entre los mahometanos. En una de las calles más céntricas de El Cairo, he visto a un musulmán, tras la verja de una casa señorial, que colocaba una toalla en el suelo y hacía sus oraciones vespertinas a Alá, en la misma acera, entre un tumulto de automóviles y transeúntes. Apenas termina continúa su conversación con un amigo y sigue fumando su cigarrillo interrumpido por la oración, como si tal cosa.

Pero dejemos esto aparte pues ello no es considerable. Lo considerable en la religión es el fenómeno religioso, la vivencia religiosa cae por completo fuera de ella.

Es lo cierto que los judíos vienen a llorar y a orar ante el Muro de las Lamentaciones. ¿Por qué lloran precisamente delante de estas piedras milenarias? Interpretan los cristianos el llanto de los judíos de acuerdo con sus ideas religiosas, como una expiación de los terribles pecados que cometió el pueblo hebreo contra Dios. A ningún judío de los que se lamentan ante el famoso muro se le podría convencer de que su pueblo es culpable de pecado o dejaría de ser judío. Esto aparte de que la idea de responsabilidad y pecado colectivo, transmitido de generación en generación y gravitando sobre cada individuo solo por motivos raciales o religiosos, es demasiado compleja para las entendederas de la mayor parte de los judíos que lloran ante el Muro de las Lamentaciones, hombres sencillos, de intelecto poco cultivado. Lo que lloran, en efecto, los judíos no son lágrimas de arrepentimiento, sino lágrimas de emoción religiosa, ni más ni menos que las que lloran los adeptos de cualquier otra religión.

Los raptos religiosos van acompañados siempre de profundas alteraciones sentimentales. Estas son las que se observan en estos judíos plañideros. Prueba de ello es que el hebreo no llora más que ante este muro ¿Por qué? ¿Qué más le da hacerlo en este que en otro lugar cualquiera? ¿Qué tienen estas piedras que provocan con su sola presencia el llanto del creyente israelita? He aquí otra vez sobre el tapete la cuestión del simbolismo religioso. La fe puede descubrir en una simple piedra esencias divinas que no percibe en absoluto el indiferente religioso. La fe es vidente a la vez que ciega; vidente para unas cosas, ciega para otras. Lo mismo que la razón. Lo mismo que los órganos de captación de valores. El fiel -el que posee ese anteojo de la fe- tiene vivencias *sui generis*, adecuadas a sus visiones, a sus videncias o evidencias. El hebreo nota en cierto modo la presencia de su Dios en las piedras de su templo destruido; la presencia de su Dios o lo que sea; pero es cierto que estas piedras no son para él piedras cualesquiera, sino piedras sagradas, lo mismo que lo son para el cristiano las de los lugares santos, o la «piedra negra» de La Meca para el musulmán. El problema está en saber dónde radica la santidad de los objetos.

La religiosidad de los seglares de Jerusalén (anécdota)

Jerusalén es sin duda la más santa de todas las ciudades. No hay en ella apenas lugares de placer y esparcimiento, y si hay algunos -que lo dudo- es en el moderno barrio europeo. No los necesita, por supuesto, ya que la principal afluencia de extranjeros que recibe la componen peregrinos que vienen en viaje de penitencia, y sus moradores, por lo visto, profesan un horror sagrado a semejantes engendros del demonio. Prueba al canto: habiendo preguntado a un joven, vestido a la europea, encontrado al acaso en la calle, si en Jerusalén había algún cabaret, se llevó las manos a la cabeza y nos espetó un discurso de catequista. Desistimos de recibir las informaciones, pero el hombre se había pegado a nosotros y quería a toda costa hacernos abandonar la idea pecaminosa de buscar semejantes antros en la santa ciudad, costándonos gran trabajo convencerle de que solo le habíamos preguntado a título de información. Inquirimos si era acaso religioso vestido de seglar y se volvió a escandalizar enterándonos de que era un

abogado y de que si hubiera sido religioso por nada del mundo hubiera dejado de vestir los hábitos. Por fin logramos que se despidiera y al hacerlo nos aconsejó, muy seriamente: ¡que nos casáramos...! El hábito, como se ve, no hace al monje. Relato aquí esta anécdota, que muy bien pudo ser debida a la pura casualidad, por la circunstancia sintomática de que nos ocurriera precisamente en Jerusalén.

Bethlehem

¿Este es Belén? ¡Qué distinto del Belén convencional que imaginan los constructores de «nacimientos» para Navidad! En nuestra infancia escondida en un obscuro pueblecito español, en las tinieblas azules de los inviernos, Belén era para nosotros algo lleno de poesía, perdido en inmarcesibles lejanías, situado en los paisajes maravillosos de los cuentos; era también un delicioso juguete de casitas y pastores... Y he aquí que ahora estamos ante el verdadero Belén, el auténtico, que tantas veces nos ha hecho soñar cuando niños. Jamás se nos hubiera ocurrido imaginar el pesebre mesiánico rodeado de tanta lamparita y ni más ni menos que cualquier rincón de la iglesia de nuestro pueblo, y sin buey ni burro... Jamás hubiéramos imaginado tampoco este pueblo grande en donde se ven incluso automóviles y en donde hay tantos frailes... Este es Belén... pero para nosotros Belén será siempre aquel de nuestra infancia de casitas de cartón rústico y aldeano, surgiendo entre un verdor de tomillos cortados, una nieve de algodón en rama y una lluvia cándida de villancicos campesinos.

Cuando salimos de Belén otra vez hacia Jerusalén me abstraigo en la contemplación de sus campos transidos de evocaciones bíblicas. Se me viene a la mente sobre todo, mientras andamos por ellos, la leyenda llena de gracia poética de Ruth, la bella espigadora moabita, que halló asilo y perdón en la misericordia y el amor de Booz... Y fue aquí, precisamente en estos campos de Belén. Esta leyenda ha causado siempre sobre mí especial fascinación.

El Mar Muerto

Itinerario hacia el Mar Muerto: Fuente de Eliseo. Río Jordán. Desierto de Judea.

Fuente de Eliseo: Cuando nos detenemos en ella el calor y la sed se van haciendo insoportables, por lo cual agradecemos el milagro del profeta de quién toma su nombre la fuente que convirtió sus aguas de saladas en dulces. Está en medio de un extenso vergel plagado de flores y frutos del país.

Río Jordán: Río claro que corre entre verdes orillas. Cada uno de nosotros improvisa un bautista entre sus compañeros y recibe con fruición la ducha de las frescas linfas.

Desierto de Judea: El paisaje adquiere caracteres épicos. El salvaje desierto asiático que cruzamos difiere mucho del llano y arenoso desierto africano -el de Libia o el de Sahara-. Es un terreno de pedregales, de quebraduras y de montículos secos y retorcidos, que recuerdan miembros horriblemente mutilados y desolados paisajes lunares. Ni una brizna de hierba, ni un filete de agua. Junto a la carretera hemos visto trabajar obreros árabes cogidos en la trampa del hambre; tienen la tez quemada, los músculos hinchados, los andrajos pegados a la carne por el sudor; se confunden, bajo este sol horriblemente blanco, con los colores mortecinos del paisaje y más que entes humanos parecen excrecencias vomitadas por la tierra que arde...

¡Terrible desierto de Judea...! Si hay un escenario propio para la guerra más cruel y encarnizada es el de estas tierras hoscas y amenazadoras. El hombre que tuviera que luchar en ellas tres días seguidos llegaría fácilmente a la exasperación y a la locura homicida. Hay un momento en que me invade una sensación de dolorosa angustia mirando sus colinas hirsutas que parecen atropellarse y correr hacia mí y siento crujir mis huesos y faltarme el aliento bajo el pesado galope de piedra.

La superstición popular de la Judea hace morar a los demonios en este desierto con certera visión de su carácter... Jesús que oró aquí algún tiempo tuvo que huir pronto de las tentaciones del rabudo huésped. En efecto, tienen aspecto demoníaco estas tierras del occidente asiático. El mismo Asfaltites, colocado en medio de ellas, es un mar un poco infernal, hundiendo sus linfas de betún ardiente o de plomo derretido en profundidades de Averno -a cerca de 400 metros bajo el nivel del Mediterráneo- y respaldado en las pétreas montañas de Transjordania. Dos espectáculos verdaderamente dantescos me ha sido dado contemplar en este crucero: el del desierto de Judea, con el mar Muerto, y el Vesubio.

Sometemos nuestros cuerpos a la tortura de un baño en este mar de asfalto, de aguas caldeadas y tan espesas que lo difícil no es sostenerse en ellas a flote, sino hundirse. Cuando alguna gota toca a los ojos produce el escozor de una quemadura.

Pero en medio de todas estas molestias sentimos el placer de habernos bañado en un mar de demonios...

Regreso. Tel-Aviv

En Jaffa, constituyendo casi una población aparte, hay un barrio de aire europeo con muchas casas de moderno estilo alemán: es Tel-Aviv, la avanzada política de los hebreos. Su alcalde o *Bürgermeister*, M. Dizenpoff, nos invita a visitarlo a nuestra vuelta de Jerusalén y en la terraza de su casa, mientras va atardeciendo en el mar, tomamos un refresco y escuchamos sendos discursos de M. Dizenpoff y del Sr. García Morente.

Tel-Aviv quiere ser el núcleo de un movimiento nacionalista hebreo orientado en normas socialistas de trabajo y progreso. El pueblo postergado y disperso quiere unirse, concentrarse y formar unidad política geográfica como todos los pueblos del mundo. Son judíos alemanes los que dirigen la organización.

Pronto embarcamos en estos botes de Jaffa, cuyos remeros tienen un aire pirático que hubiera encantado a Lord Byron, con sus feces mugrientos y sus rostros yodados, y en cuando estamos todos a bordo zarpamos hacia la isla de Creta.

IX. CRETA

Cnosos

Día y medio de azul pleno y arribamos al puerto de Candía, fortificado y tranquilo, limpio de tráfico mercantil, claro verdaderamente helénico...

A muy pocos kilómetros de Candía está Cnosos y a él vamos directamente.

Como se sabe, la Historia de la Cultura se ha enriquecido no ha mucho con un nuevo e importante capítulo, merced a las excavaciones de Evans: el de las civilizaciones cretense y micénica.

Cnosos fue la metrópoli de la vida micénica. Sobre una colina, en medio de un paisaje sonriente de pinos y suaves vallecitos laborados, bañado de la cristalina luz mediterránea, se encuentran las ruinas del legendario «Laberinto de Creta». Junto a trozos de auténticas ruinas ofenden a la vista las columnas y paredes reconstruidas, pintadas escandalosamente con colores flamantes. Ocupan las ruinas del palacio una considerable extensión de terreno y las habitaciones son, por lo regular, muy pequeñas y de análoga disposición y estructura todas ellas, de tal modo que se adivina fácilmente el aspecto de verdadero laberinto que debía presentar la mansión del viejo Minos antes de hundirse.

Bajo la sombra grata de los pinos de Cnosos hemos recibido el primer convite helénico. A nuestra vuelta se nos recibe en Candía con simpática cordialidad provinciana -banda de música en los jardines municipales-.

Laureles de Fodele

En el club local de Candía nos es ofrecido un παγωτός por las autoridades. Ha venido a Candía gente de Fodele. Fodele es el pueblo natal de Domenico Theotocopuli.

Ha venido a Candía el alcalde de Fodele con unos cuantos jóvenes, exclusivamente para saludarnos y en el Club hay manifestaciones de fervorosa adhesión espiritual a España -pueblo y raza que encendió la inspiración atormentada del maestro del *Entierro del Conde de Orgaz*; ambiente en que encajó, como en su molde, su portentoso genio-.

Muchachas y muchachos de Fodele nos ofrecen a cada expedicionario una naranja y un ramito de laurel cortados de la fértil campiña de aquel pueblo y ejecutan unas primorosas danzas regionales, mucho más hermosas que la sardana que en correspondencia bailan nuestros catalanes.

El vaso de los segadores

El museo de Candía es casi un museo minoano. Entre sus restos brilla una joya excepcional: el vaso descubierto en Fastos llamado de los segadores. Minúsculo y negro, en su contorno hay

tallado un desfile de segadores impresionante de vida y movimiento. Los segadores del vaso de Fastos [...]

[Faltan hojas]

[...] celencia la isla «sensacional» en el sentido literal de la palabra, es decir, que habla a las sensaciones, al sentido. El pensamiento que viene harto de volar a través de las grandezas y miserias de África y Palestina, se agazapa en un rincón de la psique y deja que toda la persona sea una eclosión de sensualidad. ¿Qué haría el pensamiento en medio de estos jardines italianos de tan bellas flores, de estos azules y marinos, de esta temperatura enervante, de este oro de las viejas mansiones que bañan en el sol sus desnudeces de piedra?

Rodas parece estar hecha exclusivamente para el goce, de tal modo se armonizan en ella las condiciones naturales con la obra del hombre.

La cuidad conserva íntegramente sus antiguas murallas. Al desembarcar vemos la torre de San Nicolás, en donde afirmaba una de sus plantas el célebre coloso[1]. Entramos en la ciudad por la puerta de Santa Caterina. Lo primero que visitamos es la parte nueva. La mayor parte de sus construcciones son obra del arquitecto Di Fausto, que ha sabido hermanar en ellas la tradición renacentista italiana con el más exigente gusto moderno. Merece destacarse entre ellas la catedral de San Juan, de líneas sobrias y en cuyo interior se ha tenido el buen gusto de huir del recargado aparato tradicional de los templos cristianos para substituirlo por una decoración y un mueblaje estilizados, completamente siglo XX. La mayor parte de esta ciudad nueva la ocupan edificios oficiales del *fascio*.

Una gran parte de la ciudad está formada por edificios caballerescos medievales en perfecto estado de conversación. Abundan las pintorescas plazas y calles de esta original arquitectura. Son casas de piedra con cierto empaque de fortaleza y palacio, grandes arcos en las puertas, algunos de los cuales ocupan casi una fachada entera y forman un gracioso soportal; las ventanas son por lo regular cuadradas, con vidrieras en cruz; muchas de estas casas tienen adosada a la fachada o bajo el soportal la característica escalera, desnuda de barandilla o pasamanos. Por las calles y plazas se ven aquí y allá diseminados montoncitos de balas de piedra. Las muestras más importantes de este estilo arquitectural son la calle de los Caballeros, completamente medieval, sin un solo retoque posterior y el Hospital de San Juan de los Caballeros, el resto monumental más notable de la Orden. En él se ha instalado un museo arqueológico y sus patios son de una gran belleza; tanto el severo patio claustral cuanto el delicioso patizuelo superior, polícromo de flores y fuentes, cuya disposición revela el más exquisito gusto italiano. Este gusto italiano, un poco femenino, cuya impronta inequívoca se nota extrañamente modelada con el fuerte ambiente medieval de la ciudad, de un modo imponderable, casi me atrevería a decir que se ha conseguido casi exclusivamente a costa de los jardines. Desde el primer momento el viajero se deja impresionar por estos llamativos jardines, y esta impresión pesa ya constantemente en el ánimo. Únicamente se desvanece cuando internándose más en la «Villa Murada» se recorre el pintoresco laberinto de callejuelas, muchas de las cuales se hallan cubiertas de arcos, que forman los barrios judío y turco. En este último abundan las mezquitas y baños turcos y no es raro encontrarse con

[1] Esta es la entrada del puerto de Mandracchio formada por dos columnas: una junto a la torre de San Nicolás, soportando la loba romana y otra en el lado de tierra sosteniendo al ciervo rodense. El ciervo es algo así como una supervivencia del animal totémico de Rodas. La cerámica local lo reproduce de diversos modos para venderlo a los turistas. No sé que en Rodas abunde el ciervo, pero no sé a punto fijo si es a este solo hecho a lo que se debe esta simbolización de la isla.

alguna plazuela recoleta y pueblerina donde, en torno a la fuente, juegan y cantan los chiquillos protegidos patriarcalmente por las ramas de un gigantesco plátano centenario. Sería prolijo entrar en detalles, pero son muchas las sugestivas visiones que procura un paseo por la «Ciudad Murada». Algunos judíos salen curiosos a sus ventanas y puertas, y oyéndonos hablar nos saludan con evidente agrado. «Nosotros -nos dicen algunos- también somos españoles -y aclaran- españoles de Rodas». Confieso que me he conmovido al ver el persistente recuerdo de nuestra patria a través del tiempo y del espacio, en esta pobre gente perseguida.

Aparte de las virtudes y defectos de raza, siento una viva simpatía por los judíos por la injusticia notoria de que son objeto, principalmente por parte del mundo católico. Y es mucho más indignante todavía que esta inhumana persecución se haga en nombre de Cristo.

He entrado, con algunos de mis compañeros, en algunas casas de estos judíos. Las vecinas acuden curiosas y en un momento se llena la casa de mujeres y niños. Las jóvenes, accediendo a nuestros ruegos, se ponen a cantar viejos romances españoles en un castellano arcaico y lleno de modismo locales. La pronunciación está salpicada de dulces zetas silbantes. Los viejos, que se sientan a la turca en una especie de sofá, y en cuya indumentaria convencional hay reminiscencias árabes, corrigen un verso de vez en cuando y les cuesta gran trabajo hacer callar a los chiquillos que quieren a toda costa hacer coro con las muchachas. Estas, con los ojos bajos sobre la costura, cantan y cantan, dulce y cadenciosamente, poéticas escenas de amor y de guerra de un fuerte sabor castellano. Este cuadro vivo y animado, lleno de evocaciones patrias a tantas leguas de España me ha producido una emoción más honda que todos los monumentos de Rodas.

Todo esto que llevo descrito es lo aparente y superficial de Rodas, pero detrás de ello se oculta una tragedia social, que se me ha revelado casualmente por boca de un joven rodense con quien he trabado conversación bañándome en la playa. Este joven tostado y rudo me cuenta que ha trabajado de cargador en el muelle de Barcelona y en Marsella, y por último, cansado de luchar con la miseria, ha emigrado a África, a la Guinea, donde está a punto de establecerse por su cuenta. Con sus pequeños ahorros viene unos días a su tierra natal, con su familia. Este joven tiene ahora 21 años. Por él sé que Rodas es coto cerrado para el trabajo y lugar de recreo casi exclusivo de capitalistas. Apenas si tiene una pequeña industria de mayólica, tapices y vinos. Todos los jóvenes rodenses de familias humildes emigran de la isla desde los 17 años en adelante si no quieren morir de hambre. Esta expatriación forzosa les obliga a peregrinar en busca de trabajo por las ciudades europeas, de donde, por la crisis de trabajo, regularmente son rechazados, viniendo a parar a África la mayor parte de ellos. Allí, a cambio de numerosos peligrosos y miserias encuentran algún medio de vida. Esto es lo que me cuenta este joven isleño que viene de la lejana África a bañar su cuerpo en las claras aguas de su mar, y su alma, en las otras aguas sedativas de su ambiente patrio y familiar, del cual lo ha lanzado con violencia el acerado resorte del hambre.

No es pues oro todo lo que reluce...

De Rodas a Esmirna navegamos sin cesar de ver en el horizonte las eminencias azules o verdes de las islas del Archipiélago. Desde que se entra en el golfo de Esmirna se tiene a estribor un delicioso paisaje. A lo largo de la costa corre una estrecha faja de tierra llana y poblada de una exuberante vegetación arbórea y herbácea. De vez en vez, una casita blanca rompe la gama de verdes, y limitando esta zona de tierra feraz se yergue la mole azulada de las montañas. En el fondo, a proa, Esmirna se tiende como un manto blanco cobijando un verde monte. A medida que nos acercamos al puerto, el mar que hace poco era de un azul profundo y cristalino se va matizando de un suave verde esmeralda.

Esmirna

Nada hay de interesante en esta ciudad, a excepción del paisaje. Por eso en el corto tiempo que permanecemos aquí decido subir a pie al castillo, con lo cual observo el aspecto general de la vida urbana y admiro al mismo tiempo el extenso panorama que se domina desde el castillo. Se advierte con facilidad el influjo de la mano europeizante de Mustafá Kemal. Se ha desechado con mano férrea todo lo que significa tradición, uso o costumbre musulmana; sin embargo, cuando se pasa por un barrio comercial, se transparenta el Oriente a través de las apariencias europeas. Las tiendas tienen un aspecto corriente, pero se agrupan en unas cuantas calles, recordando los zocos, y en los vendedores, vestidos a la europea, se descubren rasgos y se sorprenden actitudes indolentes de un sabor marcadamente musulmán.

A medida que se asciende por la ciudad, se penetra más en el barrio árabe. Las casas se arraciman hacia la cumbre del monte cada vez más estrechamente; las calles se hacen más empinadas y sinuosas. Ya en los arrabales las callejuelas forman un dédalo y las casas son pequeñísimas y por lo general muy limpias. A través de sus puertas y ventanas se suelen sorprender originales interiores ocupados casi siempre por mujeres y gatos. En estas calles solitarias, poco frecuentadas por la policía, las mujeres musulmanas no renuncian a velarse la cara, burlando la prohibición oficial, pero en cuanto ven un individuo sospechoso se apresuran a destaparse.

Estas tristes señales de opresión son tanto más repugnantes cuanto que la intromisión de los poderes oficiales afecta a usos y costumbres de los cuales no puede deducirse ningún mal social. Si es apetecible -lo cual no es evidente- que la moderna civilización y el llamado «progreso» penetren en los rincones más escondidos del mundo, no es el látigo precisamente el medio más indicado para ello, sino una obra casi apostólica de difusión de cultura y anunciación de nuevos valores. Y si por este medio no se convence a los hombres de otras razas y de otras latitudes que nosotros, la más sabia y humana medida será dejar a cada uno con lo suyo. ¿Acaso puede nadie afirmar que él conoce lo mejor?

Ya estamos en lo alto del castillo. Está algo apartado de la ciudad, en estado ruinoso y en la misma cumbre del monte sobre cuya ladera se tiende Esmirna, derramándose hasta el mar. Solo por subir al castillo y contemplar el paisaje desde aquí vale la pena detenerse en Esmirna. La ciudad se extiende como un inmenso mosaico de tejados rojos y pardos y blancas paredes. Aquí y allá se eleva la aguja de un minarete o las agudas flechas de los numerosos cipreses. Más allá el golfo, sosegado y rutilante de sol, es un espejo con marco azul de montañas. En medio de él un vaporcito inmóvil parece dormir. A derecha e izquierda corren las montañas lejanas y azulencas como enormes brazos que estrechasen la campiña entre ellos. Casi abarcando todo el horizonte visible a espalda del mar, hay un valle fertilísimo lleno de higueras, viñedos, olivos y otros muchos cultivos y sembrado de rústicas casitas de labor.

Los Dardanelos

Desde las 5 de la mañana del día 6 empezamos a atravesar el estrecho de los Dardanelos. Hace un frío impropio de estas latitudes y de la estación, que nos hiere, desprovistos como estamos de ropa adecuada a temperaturas frías. En general las orillas del estrecho de los Dardanelos están formadas por una costa de montañas bajas y cubiertas de una abundante flora inculta y montaraz. Conforme avanzamos vemos levantarse sobre un promontorio un pueblecito con su fortín. Más

allá, entre el mar y la montaña, se extiende una planicie cuajada de espeso arbolado. A hora tan temprana todo el paisaje está gamado en tonos fríos -grises, violetas y plateados- y a medida que el sol va diluyendo estas brumas crepusculares, los rosáceos y ligeros tonos van adquiriendo calidades grávidas y calientes; empiezan a colorarse los picachos y las neblinosas lejanías grises se van tornando de un azul tierno y transparente que recuerda los encantados fondos de Patimir. Según esta tónica general va desfilando ante nosotros todo el paisaje hasta desembocamos en el Mármara, hora en que casi todos nos acostamos para recuperar el sueño perdido.

El Bósforo

En las primeras horas de la tarde del día 6 está ya bien visible Constantinopla, magnífica de cúpulas y minaretes. El mar está rayado de vetas azules alternando con otras plomizas. El sol, rasgando de pronto las nubes, prende en las aguas una lumbrarada de brillantes y durante un rato se siluetea la antigua Bizancio, negra, entre dos deslumbrantes franjas de cielo y de mar. Blancas vedijas de nube coronan la ciudad y los buidísimos alminares perforan a lanzazos incesantemente el cándido horizonte, dando escolta a las doradas cúpulas de las mezquitas que tienen opulentas formas de matrona. Santa Sofía tiene cuatro y la del Sultán Ahmet se lleva la palma con sus seis vigías siempre avizores.

Enfilamos el Bósforo dejando a nuestra derecha Scutari y a nuestra izquierda Estambul. (En este momento D. Elías Tormo entona la canción del pirata: «... a un lado Asia, al otro Europa...»).

Es una delicia este paseo marítimo por el Bósforo hasta dar vista al Mar Negro.

Nuestra blanca nave se va deslizando por en medio del canal azul entre riberas encantadas. Estas orillas están formadas por ligeras eminencias totalmente cubiertas por espesas masas de verdor. Son verdaderos vergeles naturales sembrados de casitas blancas, rojas o grises, de caprichosos «chalets» que ora se elevan en lo alto de las colinas, ora se ven colgados de la maleza, ora descienden hasta rozar el agua. No falta la nota áspera y brava de algún pardo castillo -los alcázares de Europa y Asia- que recuerda que no siempre el Bósforo ha sido un lugar de placer.

El Helesponto, el Bósforo, el Mármara y el Mar Negro son los nodos y vientres de una estridente y varia modulación marina. El Mármara y su consecuencia de estrechos y mares, hasta el de Azov, es el escotillón del Mediterráneo. No siempre estas riberas han sonreído a los hombres. En tiempos remotísimos estos recovecos acuáticos tuvieron un siniestro sentido para los navegantes. Los primeros fenicios que, impulsados por un irresistible viento de aventuras mercantiles, lanzaban sus naves por este ignoto laberinto, encontraron más de una vez la muerte entre los escollos hasta que, según cuenta Maspero, «fueron a dar a un mar inmenso, de tempestuosas olas, cuyas orillas, cubiertas de bosques, se perdían de vista a Oriente y Occidente. Después, en las jornadas históricas de la toma de Constantinopla por los Turcos, la entrada del Bósforo volvió a empurpurar sus aguas con sangre de hombres...». Pero en este momento nuestras muchachas extienden sus cabezas con fruición más o menos soñadora y dejan que el fresco vientecillo que sopla de proa guíe sus cabellos en el espacio...

X. CONSTANTINOPLA

Llegada

Al atardecer, de vuelta de nuestro delicioso paseo por el Bósforo atracamos a la entrada del Cuerno de Oro en el lado de Gálata, cerca del Puente Nuevo.

Mirad el mapa político del mundo. Allí veréis la cabeza de hipopótamo que es el Asia Menor olfateando el trasero de Europa y allí aparecerá Constantinopla como un ojito desorbitado del hipopótamo turco. Mirad ahora un mapa de Turquía. Ahora veréis cómo Constantinopla se parte en tres porciones separadas por la embocadura del Bósforo y por el Cuerno de Oro. El Cuerno de Oro separa Gálata-Pera de Estambul; el Bósforo separa ambas de Scutari, situado en la ribera asiática. El puente de Gálata o Puente Nuevo establece la comunicación entre Gálata y Estambul.

Hasta la hora de la cena paseo por Gálata y Pera. Pera es el barrio moderno en que vive la burguesía europea. La calle de Pera es una especie de Gran Vía de Constantinopla. Aquí se reúnen los mejores y más suntuosos establecimientos comerciales, los cafés más caros y elegantes. Es al mismo tiempo su calle de Alcalá: en ella pasea su vacuidad diariamente el señoritismo constantinopolitano. ¿Estoy realmente en Constantinopla, al otro extremo de Europa, o no he salido de Madrid? Pero no, no cabe duda; no estoy en Madrid: en esta ciudad las mujeres son mucho más feas -y hay que decir también que se pintan mucho menos- y los helados mucho mejores que allí. Sin embargo...; nadie diría...

Para llegar a Pera hay que atravesar Gálata, subiendo siempre. Bajo pues hacia Gálata para llegar al Ciudad de Cádiz. Mientras desciendo por las calles de Gálata -más pobres, más obscuras que las de Pera- me siento por primera vez extranjero en Constantinopla. Me veo a mí mismo desde España; estoy en España viéndome a mí mismo pasear por Constantinopla; ¡que extrañeza! Se me agolpan a la cabeza las impresiones y las ideas que yo tengo sobre el estar en una ciudad extranjera, muy extranjera. Estoy en Constantinopla, y lo digo así, con esta naturalidad, como si supiera yo algo de Constantinopla. Pero veamos: ¿Qué es Constantinopla? ¿Es esto o aquello que tengo delante de mis ojos? No; es también Estambul con sus mezquitas y sus calles antiguas y es Scutari y es la gente cosmopolita y las embarcaciones que hormiguean a toda hora por el Mármara, el Bósforo y el Cuerno de Oro. ¿Qué sé yo de este caos, yo que acabo de llegar y doy los primeros pasos extrañados de forastero? Es inverosímil la osadía con que nos lanzamos a hablar de un lugar cuando no hemos hecho más que pasar por él. ¡Cómo se admirarían los constantinopolitanos! No. No estoy realmente en Constantinopla, estoy viviendo una alucinación.

Después de cenar vuelvo a Gálata y a Pera. Hay que darse cuenta de la vida nocturna en la Constantinopla nueva. ¡Qué sensación de vida muerta! ¿Por qué en Constantinopla la gente que se divierte se aburre tan mortalmente? Las 11 de la noche de Constantinopla son las 3 de la madrugada de Madrid. En los cafés de Pera, de lunas brillantes y escaparates espectaculares, se eternizan los noctámbulos hasta las doce o la una delante de un helado. Aparecen entonces por escotillón de las puertas vidrieras las únicas mujeres pintadas de Constantinopla, son extranjeras o «tanguistas». No se ríen ni «se timan». Hay un ambiente de tristeza que choca violentamente con el colorinismo luminoso de una gran ciudad que quiere y no puede divertirse. De los balcones de «El Gato Negro» -el cabaret más céntrico de Pera, y casi el único- caen sobre la calle notas de orquesta americana, notas de *fox*, que suenan como monedas falsas. Allí dentro se aburre la gente

más que en todos los cabarets del mundo, que ya es decir...

Con el ánimo oprimido se va uno de Pera y desciende en busca de impresiones nuevas por las callejas de Gálata. Se interna uno por las callejas sinuosas y obscuras de casas negras...; hay que andar a saltos para no enfangarse en los numerosos charcos; cuando no se encuentra una bombillita eléctrica -y esto es muy frecuente- que le saque el brillo al charol del barro, no hay más remedio que hundir los pies. Estas calles están llenas de prostíbulos de barrio bajo, y en ellas se desarrollan escenas interesantes desde las once en adelante. Porque a las once manda el gobierno que estén cerrados estos lugares. En las ventanas de los pisos bajos se encuentran caras de escayola pintada que bisbisean y en torno a ellas merodean los rondadores. El policía está en acecho tras las esquinas para evitar que se abran las puertas de las casas de lenocinio. El rondador también acecha al policía y al menor descuido suyo se cuela de rondón en brazos de las meretrices. Esta estrategia nocturna es la nota típica de las calles maleantes de Gálata después de las once.

Aburrido me vuelvo al Ciudad de Cádiz, junto al que duermen los barqueros y merodean los golfillos judíos, que desde que saben que hay barco español no nos dejan tranquilos ni a sol ni a sombra.

Antes de acostarme contemplo unos minutos el espectáculo imponente de luces que es Constantinopla sobre el Bósforo. En la orilla opuesta, lejos, brillan las de Scutari, y al otro lado del Puente, próximas, las de Estambul. Hay una luna grande.

Santa Sofía y otras mezquitas

Hoy es en Turquía día festivo. Los comercios están cerrados y estas calles recoletas y soleadas de la vieja Estambul por donde vamos, con sus vetustas casas de madera orientales, llenas de salientes ventanales y cerradas celosías, tienen un aire aquietado y provincial en la mañana poblada de brisas del Mármara. Discurren por ellas algunos artesanos endomingados; un vendedor ambulante arrastra perezosamente su carricoche lleno de verduras y en una plazoleta chiquillos desarrapados juegan con la tierra húmeda y comen pan. Entre la pompa arbórea brotan, cercanos ya los minaretes y la cúpula de Santa Sofía. ¿Qué es lo que hemos sentido al penetrar en el templo que alumbró el gran genio de Antemio e Isidoro?

La idea que traíamos de la célebre iglesia bizantina ha chocado violentamente con la realidad.

¿Dónde está lo bizantino que se nos mostraba como una magnificencia fácil, de relumbrón? No hace falta el oro brillante de los mosaicos -tapados ahora por las obras de reconstrucción- para quedar aplastados por una impresión de magna grandeza, de grandeza auténtica, de buena ley, cuando se aloja la mirada en el formidable seno de la gran cúpula. Esa impresión de deslumbramiento que corre como un tópico en boca de todo el mundo -de todo el mundo que no haya visto Santa Sofía, naturalmente- no existe. Los pórfidos de las columnas, las losas de mármoles de color, etc., todo eso no llama la atención; lo arquitectural absorbe tan completamente a lo decorativo que en una visita rápida esto casi no se echa de ver. Son la gran cúpula central y las enormes arcadas laterales las que avasallan y dominan el ánimo desde el primer momento con su grandiosidad inverosímil. En ella queda preso el espíritu, un poco aniquilado, pero subyugado en el fondo, experimentando una como protección generosa, una como sumersión en un mar de tranquilidad y de confianza. Con esta ancha base y estos ámbitos inmensos, ampulosos, tiene Santa Sofía aire de buena matrona o de enorme clueca protectora. El lujo asiático que nos haría sentirnos -¡a nosotros, pobretes!- cohibidos, no existe por ninguna

parte. En santa Sofía ya no hay el ceremonial rígido de tiaras y casulla y celebraciones deslumbrantes en que debía arder durante el delirante imperio bizantino. El islam, al convertirla en mezquita, la ha hecho accesible y doméstica. Hoy puede uno revolcarse por sus esteras y quedar boca arriba, la vista fascinada y revoloteante, palpando ámbitos dorados y turgencias femeniles... Por las ventanas que rodean la base de la gran cúpula penetra el sol en rayos larguísimos y nítidos como los que pintaban los primitivos pintores de anunciaciones...

Después de Santa Sofía hemos seguido visitando mezquitas. Todas siguen el modelo de *Hagia Sophía*, pero ninguna la iguala en grandiosidad. No me detendré en ninguna de ellas. La pequeña Santa Sofía, blanca y agradable, no es una copia, ni mucho menos, de la grande. La de Ahmed, frente por frente de Santa Sofía, la única que tiene seis alminares, es actualmente más «vistosa», más brillante que esta. Su gran domo central y sus semidomos laterales, que se unen en cuatro gruesas columnas, siguen el canon del templo constantinopolitano. Todo […]

[Faltan hojas]

Paseos

Es un placer pasear los contornos marítimos de Constantinopla; pasar el puente de Gálata y salir al Mármara, o entrarse por la delicia azul del Bósforo; ahí está la ciudad inmensa, derramada por todos lados, asomada a todas las orillas por sus palacios y sus templos y sus cuarteles, perennemente empenachada de humos -incendios en sus múltiples casas de madera- y trazando en el cielo inconfundibles perfiles de domos y alminares. Millares de vaporcitos que hacen servicios regulares de viajeros entre sitios cercanos, o simplemente alquilables, barcas veleras o a remo, hormiguean incesantemente por las venas azules de Constantinopla. Asombran las magnitudes costeras de esta vieja ciudad que muestra a todas las aguas sus gracias y desgracias antiguas y modernas; se hacen interminables sus imponentes macizos de casas multicolores, y esta Babel de palacios y palacetes abigarrados, de templetes que arraciman sus cupulillas y formas múltiples a la orilla del agua...

Por el Cuerno de Oro se goza del paisaje hasta que se llega a los suburbios de Gálata. De aquí en adelante, hasta Aguas Dulces de Europa, no puede decirse verdaderamente que se goza, pues el mal olor no deja integrarse las excelencias visuales en una armonía de sensaciones. Por estas orillas arrabaleras crece la hierba y brotan pequeñas fábricas, depósitos de carbón y madera o mataderos entre montones de estiércol orgánico o mineral. Estas fabriquitas manchan con chafarrinones de humo negruzco el lienzo impoluto de los cielos. Se ven aquí y allá piltrafas de hierro enmohecido. Es el paisaje residual y sucio donde se palpa un oscuro bullir de miasma, característico de arrabal fabril de gran ciudad. (Pío Baroja reinaría aquí con mucho gusto). Grandes barcazas que transportan carbón o corderos surcan las aguas, y en otras unos hombres renegridos extraen fango del fondo con larguísimas pértigas.

Hemos subido a Estambul para ver los cementerios árabes. Estos cementerios son especie de paseos o bosques, sin cercar, que continúan la ciudad, sembrados de las características estelas de piedra o mármol. Pero el más bello paseo o excursión que he realizado en Constantinopla y uno de los más hermosos de todo nuestro crucero, ha sido yendo a Scutari y subiendo al monte Bulgurlu, cercano a Scutari. En la misma cima hay un bar o repostería de estilo rústico. Desde aquí, mientras saboreamos un pastoso café turco, dejamos la vista volar por los ámbitos azules del ancho panorama, seguramente uno de los más bellos del mundo. El alma se abandona

quedamente a la contemplación estética; es también la hora propicia -el atardecer- para esa característica dilatación sentimental del espíritu que teniendo ante sí el relumbrar de una belleza sobresaliente no vaca, por lo pronto, de otras ocupaciones. Hay aquí arriba una gran quietud, un gran silencio esmaltado solo por dulces gorgoritos de pájaros cantores que parecen albergar en su garganta un juego de bolas de cristal, un levísimo rumor que sube de la ciudad, precipitada en lo hondo entre el relampagueo zigzagueante de los canales y los mares y el golpe de arco de la brisa que suena un pianísimo en el terciopelo de los pinos. El Mármara muestra su extensión inmóvil blancoazulada -los azules son todos puros azules celestes- limitada por lejanas riberas y con sus puertas abiertas al Mar Negro y al Egeo. Lejanos también, transparentes, limpísimos, algo fundidos en las tintas por la esponja azul del aire, los islotes de los Príncipes emergen en las lontananzas del Sur sus espaldas cetaceiformes. A la derecha, el Bósforo quieto, quieto, sostiene en la palma de sus aguas inmóviles vaporcitos -todo quieto, como en una decoración pintada- y pierde entre habitáculos y montañitas verdes, lejos, su camino de cobalto. La neblina, el polvillo dorado y celeste del véspero, funde todas las cosas y las torna flotantes, irreales, ingrávidas... Todo en torno hacia el Oriente, hacia Asia, entre los labios frescos del Mármara y el Bósforo, es verdegay hondo y húmedo de bosque y telón cárdeno de montaña horizontal. Allá enfrente están Gálata y Estambul, y de este lado del canal, a nuestros pies mismos, Scutari, que empiezan a guiñar sus luces eléctricas... Se va embermejeciendo fastuosamente el escenario del ocaso... Se va hinchando y agazapando la rueda del sol a medida que rueda los últimos tramos de su pendiente... Entonces llega en medio del silencio, remota, grave y utópica, la voz de los almuédanos... Conforme va avanzando el crepúsculo van diversificándose los tonos, gamándose, para terminar en la unidad del negro... Cuando ya es casi de noche las luces eléctricas se han multiplicado allá abajo como la especie más prolífera; forman un verdadero cielo estrellado donde hay sus luceros, sus estrellitas tímidas y hasta sus nebulosas... Entonces descendemos por un camino de siluetas sobre el último livor del día...

Sefarditas

Mercachifles sefarditas merodean por el puerto, en torno a nuestro barco, nos venden objetos y nos hablan en ese castellano de los judíos «españoles», donde al lado de voces medievales de pura cepa hispana hay absurdos neologismos y extranjerismos de toda índole. Hay muchísimos sefardíes en Constantinopla. Todo el Oriente mediterráneo está lleno de estos judíos para quienes existe en el mundo una tierra que se llama España, tierra de sus abuelos a la que están unidos por una tradición ancestral, tierra que no conocen y cuyo idioma hablan. No deja de ser curioso y siempre grato para un español este fenómeno de la persistencia tenaz con que conservan estos hombres el legado de sus desgraciados ascendientes españoles en medio de gentes de todo el mundo. España vive en ellos todavía como algo suyo; en su patrimonio vital hay una buena porción de cosas españolas -ahí es nada, el idioma con todo lo que engloba- amadas por ellos como propias. Para España, en cambio, ellos son absolutamente extranjeros. Este es el hecho triste.

Millares de judíos sefarditas hay en Constantinopla. Los indigentes con quienes hablamos en las calles, nos cuentan que son tolerados aquí, pero que se les mira con antipatía: «la gente es dura con nosotros en todas partes -dicen-, cuando se da trabajo se nos relega a último término. Esto no lo podemos decir aquí; os lo decimos a vos porque sois españoles, como nosotros...».

Su desconocimiento de las cosas de España les lleva a hablarnos cándidamente del rey Alfonso. Sin duda alienta en ellos el antiguo espíritu monárquico de una España legendaria; de

la España medieval de los viejos romances castellanos que entonan todavía... España con su indiferencia tiene la culpa de este alejamiento espiritual, pues resulta cosa facilísima sacarles de su ignorancia y poner ante sus ojos la realidad española de nuestros días...

Sefardita es también nuestro guía, de familia sacerdotal. A veces nos pinta visiones hogareñas de su infancia, salpicadas de ascuas rituales, donde aparece por ejemplo un abuelo patriarcal practicando circuncisiones...

XI. GRECIA

Salónica

Lo primero que he hecho al llegar a Salónica ha sido subir a la Acrópolis, en parte llevado de mi afición a los paisajes vistos desde lo alto, en parte atraído por el retintín griego de la palabra «acrópolis». Me ha parecido que estando en Grecia y no encontrando ya en ella la *polis* clásica, era al menos de rigor una visita a la *acrópolis*. Pero en la acrópolis saloniquense no he encontrado más que una ruina para mí poco interesante. En cambio en el camino, en la subida, he gozado de colores nuevos por las callejas pinas, de viviendas minúsculas y limpias, de luz clara como un cristal y hasta de la visión de una muchacha praxiteliana acodada a una ventana baja.

Y al llegar a la Acrópolis lo que menos me ha atraído han sido los pedruscos de las murallas, porque tenía a mis pies un paisaje nunca catado, un ocaso completamente nuevo para mí -por la luz, esta luz transparente que si no pareciera tópico llamaría *griega*, puesto que solo en Grecia la he visto-, en que una bella ciudad, un bello mar y un bello cielo conjugan cristalinamente sus violetas y sus rosas...

Por lo demás, Salónica, ciudad griega, en lo que abunda principalmente es en recuerdos bizantinos y turcos. Pueden encerrar algunas bellezas sus iglesias bizantinas -Santa Sofía, San Jorge, San Demetrio-, pero poco nos han podido sorprender a nosotros que venimos directamente de la metrópoli del bizantinismo.

Las muestras de extraordinaria simpatía y cordialidad con que fuimos acogidos en Creta, se repiten aquí aumentadas si cabe, hasta el punto de que a nuestra salida de Salónica, donde hemos estado día y medio, había en el muelle congregada una muchedumbre más numerosa que a nuestra salida de Barcelona. Este carácter abierto y cordial de los griegos nos tendrá en jaque durante toda nuestra permanencia en Grecia, robándonos incluso buenos bocados de tiempo, que tenemos que dedicar a la convención social de fiestas y recepciones.

A bordo

Antes de llegar a Salónica vimos desfilar ante nosotros la mole majestuosa del Olimpo. De nuevo pasamos ante él, ahora de noche. Júpiter y las otras divinidades olímpicas probablemente acababan de cenar su néctar y se disponían a dormir. Hasta mañana.

Hoy, día 12 de julio, desnudos en la cubierta de proa tomamos el sol y agua, bajo y sobre un «espléndido azul». A estribor eleva sus eminencias verde-azuladas la costa eubea y en lo alto de uno de estos montes surge como en los mejores tiempos clásicos la gracia dórica de un templo.

Vamos a llegar pronto a Atenas y antes el Sr. Morente nos habla de Grecia como sigue:

> «Según la nueva concepción de la Historia, esta no es un cuerpo único y continuo sino que está compuesta por ciclos cerrados, con su nacimiento, desarrollo y muerte cada uno.
>
> La palabra “cultura”, que antes tenía un sentido unitario, tiene hoy un sentido particular. Tenemos, por ejemplo, una cultura egipcia, griega, latina, etc., cada una de las cuales

constituye una unidad. Para definir cada una de estas unidades distintas que son las culturas tiene el historiador un material. El historiador encuentra en ellas formas que definen los diversos ciclos culturales. Es, pues, según la concepción actual, la Historia Universal, más que una Historia rectilínea de la Humanidad, una morfología, una historia natural de las culturas.

Hay dos sentidos de la palabra "forma", según que el historiador tenga solo en su poder elementos materiales, monumentales, o bien documentos literarios. La palabra "arqueología" significa teoría de la antigüedad, por tanto no solo es ciencia de cacharros viejos, sino también de documentos literarios.

En Grecia tenemos muestras de estas dos clases de formas; no solo poseemos formas materiales sino también espirituales.

Vamos a intentar definir aquí aquellas formas espirituales del mundo griego.

La idea de Spengler de considerar como absolutamente incomunicantes los distintos ciclos culturales es una evidente exageración. Hay entre ellos ciertas concatenaciones, ciertos influjos, merced a los cuales puede hablarse de una cultura universal.

La cultura hebraica, por ejemplo, ha definido plenamente el sentido religioso; así como podría decirse también que los judíos han traído a la cultura universal la idea de la organización de la vida. Pues bien ¿cuál es esa forma íntima de la cultura griega que ha aportado a la cultura universal?

Se ha dicho muchas veces que la ciencia griega ha tenido su origen e influencia en lo oriental. Esto no es falso del todo. Sí, es cierto que la ciencia griega ha recibido elementos de la oriental, pero sometiéndolos a una digestión, a una estructuración racional que no existía antes de ella. Así, por ejemplo, es indudable que los griegos han inventado la geometría. El porqué, la razón, la explicación, es lo que faltaba a los egipcios. Nos vamos aproximando así a una de las formas esenciales del espíritu griego, forma que por lo pronto llamaremos la racionalidad. Esta propensión de los griegos les lleva a descubrir inmediatamente irracionalidades en el mundo, cosas alógicas, absurdas. Ello les condujo a dividir las cosas del mundo en dos vertientes: la de las cosas comprensibles y la de las incomprensibles. Y aquí, precisamente, es donde está el momento dramático de la cultura griega, porque en este instante podía el griego elegir entre ambas vertientes. El griego se determinó por la razón y determinó que todo lo que es racional, y solo ello, es la auténtica realidad; lo otro es fenómeno, φαινόμενον, lo que aparece a nuestros ojos, lo cual es una imperfección de la realidad. Con esto, los griegos tuvieron ya una escala de valores con que medir, no solo la ciencia sino también la vida y el arte. Los filósofos griegos forjaron una palabra muy característica para designar la realidad plena: όντως όν, lo que es, el verdadero ser. Lo lógico y lo ontológico coinciden para el griego; lo que no coincide con la esencia eterna de las cosas es lo irreal. Podemos ahora modificar el léxico y sustituir la palabra "razón" por el vocablo "esencia", y diremos que el griego propende siempre a buscar la esencia de cada cosa. Para esto hay un procedimiento que es la intuición interna. Otro es la vida misma, la πραξις, la realización, la transformación de la vida imperfecta en perfecta, la consecución de los fines de acuerdo con las esencias.

La filosofía griega no es más que un largo esfuerzo cada vez más sutilizado para llegar a definir las esencias. Así, a Platón le parece que el ser es la esencia de las cosas, su forma. Aristóteles cree que es una armonía entre materia y forma; pero la última, perfecta y total realidad es también para este pura forma: la divinidad.

Pero no solo en filosofía, sino también en la política, los griegos han empleado siempre su concepción de las esencias. Porque para el griego la política tiene su base en el concepto de πόλις. A los griegos les parecía que cada ciudad era una realización imperfecta de

aquella figura geométrica de la πόλις. La política tiene el mismo método que la filosofía: la discusión y la dialéctica. Este carácter de la política griega es también congruente con el racionalismo de la filosofía. No sería difícil encontrar esto mismo en el arte. Cuando se dice que el arte griego no es realista se comete un error, porque para el griego realidad no es lo que se ve y se toca, sino lo que hay debajo, lo que no se ve, la idea. Claro está, hay una evolución en el arte griego como la hay en la filosofía y en la política, lo cual no quiere decir que se hayan perdido aquellos caracteres de racionalidad, etc., que señalamos como características esenciales suyas, sino que indica simplemente que ha cambiado su concepto.

Si pasamos ahora a un aspecto muy interesante de la cultura griega, al teatro, encontraremos también algo muy semejante a ese elemento de la racionalidad y de la definición de esencias. El teatro griego tiene un origen religioso. Pues bien, en un principio el teatro griego es simbólico. En Sófocles es un teatro genérico, en Eurípides ya se trata de pasiones individuales, lo mismo que ocurrió con la filosofía y con el arte.

Esto mismo podría notarse en cualquier otro aspecto de la vida griega, e incluso fuera de la vida, en el paisaje mismo, por ejemplo, de un claro y sereno cielo que invita a pensar...

Así pues, los griegos han aportado a la cultura universal la racionalidad. No solo los hombres son inteligentes; la inteligencia es algo que poseen también los animales y, llevando las cosas a un extremo, hasta las plantas. Pero el hombre posee algo que le diferencia radicalmente del resto de los seres vivos, que es el pensamiento. Hasta los griegos no han sabido los hombres hacer uso del pensamiento y el descubrirlo llevó a los griegos a exagerar la razón hasta el punto de hacerla criterio de realidad».

De este modo nos habló el Decano del país de riquísima historia junto al cual navegamos.

Después de mediodía comenzamos a columbrar Atenas, nítidamente encajada en la limpidez de la luz marinera, cuando suena sus primeros acordes la gran orquestación lumínica de la tarde estival. Insinúa la granulación de su caserío entre el mar la montaña. A medida que nos aproximamos a ella van adquiriendo las casas corporeidad, conformación de tales, emergiendo de la tierra rosa y estampándose en la transparencia azulada de los montes -en estos montes que deben ser ese Pentélico marmóreo y ese Himeto melífico de que nos hablan las geografías-; son casas blancas, ocres, que consuenan gratamente en el paisaje bañado de maravillosas claridades. Este tesoro de claridad que encierra el paisaje costero de Grecia no lo he visto igualado en parte alguna... Suaves matices, tintas pálidas, coloraciones aéreas, pero siempre lo suficientemente vivas para no producir efectos de pobreza cromática. En esta armonía de luz sedante, sin estridencias, los objetos adquieren valores de impalpabilidad, de ingravidez; no es esa vaporosidad espesa, fumante, de las nieblas, sino todo lo contrario: una etereidad cristalina, dura, transparente, en que el sol y su luz más clara reinan sobre un ambiente sin mácula.

Así vamos llegando a Atenas, absortos en muda contemplación; poco a poco vamos descubriendo la acrópolis gloriosa y las formas urbanas, nada clásicas, europeas como las de cualquier ciudad moderna, de la moderna Ateas, hasta que por fin nos encontramos anclados en el puerto de Falero.

Atenas y su Acrópolis. Ayer y hoy

Nuestros primeros pasos en Atenas se enderezan hacia la Acrópolis. No hemos de esperar a mañana; esta misma tarde vamos a encimar nuestra ansiedad en aquel monte fortificado, que en

medio de Atenas eleva las nobilísimas ruinas que, sobre todo, nos han atraído aquí... Todas las miradas y todos los pensamientos convergen hacia un templo celebérrimo […]

[Falta una hoja]

[...] quizá se trata, en este hecho de la influencia esencial de su visión estética, no ya solo de las proporciones, de las cuales tanto se ha hablado, sino de las dimensiones mismas del templo.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la impresión que produce el Partenón es inusitada y, desde luego, magnífica, de una extraordinaria emotividad estética, que supera a todo lo previsto. Las pirámides mismas no nos han sorprendido tanto. Es una de esas fuertes conmociones de ánimo, muy pocas veces experimentadas en la vida, que se producen ante ciertos objetos naturales o de arte. Es la emoción estética pura puesto que se produce al primer golpe de vista sin saber qué es lo que la ha engendrado; no ha intervenido en ella para nada el pensamiento, no hemos tenido tiempo de pensar nada todavía. Cuando después miramos detenidamente sus columnas o sus frontones rotos y hacemos consideraciones sobre ellos, continuamos sumergidos en la admiración pero ya se ha decolorado completamente aquella impresión primera; mejor dicho, ya no existe. Las demás ruinas de la Acrópolis, con ser muy hermosas -Erecteón, templo de la Victoria- no producen la impresión que el Partenón.

Es el atardecer cuando subimos a la Acrópolis y las marmóreas ruinas se van poco a poco dorando intensamente, lo que acaba por prestarles un fantástico y bellísimo aspecto. Parecen incrustaciones de oro sobre el fondo obscuro del cielo oriental. Una extensión inmensa se atalaya desde aquí. La ciudad y las montañas que le hacen corro están envueltas en finas gasas de neblina crepuscular, rosadas y añiles. La hora tiene cierta solemnidad que hace imponente la majestuosidad del Partenón y de las otras ruinas. Todas las ruinas, por el hecho de serlo, revisten cierta gravedad, infunden cierto respecto; como ocurre con los cadáveres o con los huesos humanos desenterrados en las necrópolis, los cuales al fin y al cabo, no son sino ruinas de hombres. Es el respecto de los cadáveres, pues las ruinas no son en definitiva más que cadáveres de construcciones, ante los cuales estamos atisbando, palpando otros cadáveres que hieren fibras más íntimas de nuestro ser: los de los constructores. Tras de las ruinas está siempre la mano del hombre que hace signos. Esta actitud vagamente respetuosa que adoptamos ante unas ruinas, esta vaga solemnidad de las mismas, no es, en última instancia, sino el respeto, la estupefacción, el helamiento del ánimo que nos produce la muerte. Esta sensación sube de punto cuando las ruinas que se tienen ante sí revelan, como es el caso de la Acrópolis de Atenas, una alegría ejemplar, una vida plena y eufórica, anegada, disuelta, preterida, en fin, muerta, silenciosamente muerta, de la cual queda una mueca petrificada en las ruinas ilustres, como la sonrisa que llevan algunos cadáveres, que ya no es sonrisa, pues se ha convertido en mueca porque le falta aquel elemento esencial, aquel *quid* iluminador que es la vida y la conciencia que sonríe. Así, en medio de esta Atenas civilizada a la europea, rasgada de bocinazos de automóviles y de luces eléctricas, las ruinas clásicas de la Atenea de Pericles hacen unas muecas dolorosas con las piedras mutiladas desde lo alto de la Acrópolis, lanzan pálidas sonrisas de cadáver, y cuando nosotros nos sentimos embargados por un respeto profundo en esta hora solemne de la antenoche ante ellas, es que, en realidad, estamos viendo morir a los hombres que construyeron estos templos y oraron en ellos a sus dioses rientes; les estamos viendo morir sonrientes también, porque es imposible imaginar el rictus doloroso de la muerte en el rostro de un ateniense contemporáneo del Partenón, y sobre todo en el de un constructor del mismo... Pero, al morir, su sonrisa se ha convertido en mueca, mucho más dolorosa todavía que la contracción del dolor porque está más en desarmonía con la muerte...

Tenemos ante los ojos un ayer que está actuando aún sobre nosotros, un ayer ecuménico, luminoso o, mejor todavía, alumbrador; un ayer pleno en que los hombres estaban firmemente asentados en una civilización matriz, en la borrachera vital de los partos más excelsamente humanos, recién salidos de una noche histórica de larvación, en que se movían los hombres en esa tenebrosidad de húmeda semiinconsciencia de las larvas. Era una época de iluminación, de alumbramiento feliz, de creación substantiva, de plenificación del hombre. Hasta de la religión se hizo una cosa clara, alegre y humana en el sentido griego de la palabra. Ahí está ese Partenón, esos templos inanimados -sin ánima, es decir, sin dioses- esos cadáveres de templos que sonríen todavía...

Tenemos también ante nosotros un hoy vivo y palpitante; a nuestros pies una ciudad moderna se agita en las convulsiones de la civilización contemporánea, un hoy en el cual nosotros mismo estamos sumergidos. Y ¿cómo estamos situados en ese hoy? ¿Cuál es nuestra posición vital dentro de él? Cuando contrastamos este hoy y aquél ayer echamos de ver el abismo inmenso que los separa. La fatalidad inasequible, los altibajos desmesurados de la Historia. Imaginemos lo que será nuestro hoy cuando a los ojos de un mañana se haya convertido en ayer. Las ruinas de nuestra civilización aparecerán como el exponente de una época atormentada, desprovista de fe, de cualquier fe menos de una: de la monetaria. Mientras la vida griega se nos presenta con una firmeza y una seguridad prototípicas, nos sentimos los hombres de hoy vivir entre inquietudes y perentoriedades; dolorosamente, con ansia de enfermos, devoramos una vida huidiza en la cual no encontramos nada seguro; una vida que transcurre al ritmo vertiginoso del cinematógrafo, que es el simbólico arte de la época, una vida en la cual no somos dueños de nosotros mismos, nos sentimos arrollados y girando como cosas abúlicas en la vorágine de nuestra propia técnica, de nuestra propia ciencia, de nuestra propia descabalada economía... Abocados a acontecimientos cuya monstruosidad difusa se nos muestra a través del vidrio esmerilado de los presentimientos, perdidas por completo las creencias, desarraigada nuestra vida de cualquier terreno firme como esas plantas que flotan sin raíces en el agua, nos falta voluntad de dedicación, de auténtica entrega a cualquiera de las muchas cosas buenas que se pueden hacer en la vida... Esta es la terrible conclusión del silogismo de nuestra civilización, conclusión que se manifiesta en nuestra generación poco afortunada...

He aquí el contraste sobre el cual puede crecer la planta de sugestivas reflexiones que se insinúa vigorosamente, cuando desde la Acrópolis de Atenas, desde este lugar de peregrinación, que debiera ser una especie de muro de las lamentaciones de la Humanidad entera, se mira al mundo.

Ruinas y arqueología

Todas las ruinas notables de Atenas se encuentran en la Acrópolis y sus aledaños: la maravilla del templo de Teseo, nuevecito y encerrado en un fanal de verjas; los teatros de Dionisios y de Herodes Ático; la Linterna de Lisícrates; Torre de los Vientos; puerta de los Gigantes; ruinas del Olimpeion y del ágora romana...

Los demás restos del arte griego se encuentran en los museos de antigüedades, esos almacenes del arte selecto -por no venal-, esas ingentes exposiciones póstumas cuyas piezas no tienen al pie una etiqueta con el precio.

En Grecia la vida ya no ofrece aspectos que nos sean extraños; se vive a la europea y aun a la americana; nada notable, relevante o meramente exótico nos ofrece la moderna vida griega;

Grecia vive enquistada en el ambiente del siglo como cada país «civilizado». En cambio nos ofrece ruinas, arqueología abundantísima, efluvios prolongados hasta el hoy desde las lejanías grecoclásicas, resonancias desmenuzadas por la distancia secular de una original situación histórica, de una cultura desconcertantemente dueña de sí...

Hay pues en Grecia que hablar de los restos, de los residuos de la cultura, o no hablar de nada; hay que vivir las ruinas...

Pero hablar de cada ruina en particular es tarea de eruditos, de conocedores, en suma, de arqueólogos. Yo no puedo hacer esto, porque no soy arqueólogo. Yo, a lo más, hablaré de las ruinas genéricamente. Vivir unas ruinas no es, por lo pronto, sino hacer pisar al espíritu un trampolín, arrojarle, haciendo el ángel, en el tiempo para hundirse en las aguas de un pasado histórico... Pero no es esto todo. Unas ruinas, además de una dimensión que se prolonga más allá de su conformación presente, tienen esto precisamente: presencia. Hay pues en las ruinas dos elementos esenciales: su materialidad plástica y actual y esa cosa espectral de la evocación que se proyecta más allá de su entidad sensacional. Este último elemento, se podrá decir, ya no pertenece a las ruinas mismas, es algo que ponemos nosotros, algo de nuestro espíritu. ¿Es que las ruinas sin este elemento formal, presunto, realizarían su esencia de ruinas? ¿Tendrían significación de ruinas? No es cosa difícil comprender que no. Queda pues, por lo pronto, sentado que las ruinas son lo que son porque se refieren a un pasado. Sin esta referencia formal a un pasado no hay ruinas. Las ruinas son el exponente fragmentario de algo que fue; están pidiendo, exigiendo, que se integren sus columnas truncadas o sus paredones semidemolidos. En la esencia de las ruinas está el que sean defectuosas, el que les falte algo. Si estuvieran completas no serían ruinas. En esta defectuosidad constitutiva de las ruinas estriba su significación radical. Pero esta defectuosidad no se limita a ser una exigencia de compleción meramente plástica. Hay algo más, y es que las ruinas -hablamos siempre de ruinas históricas- son siempre anacrónicas. Este anacronismo lleva aparejada toda una secuela de notas esenciales; quiere decirse que las construcciones de que proceden las ruinas fueron realizadas en un tiempo concreto y en un ámbito geográfico determinado, lo fueron para atender a menesteres propios de aquel país en aquel tiempo; es decir, que hay que referir las ruinas siempre, esencialmente, a un área histórica definida. Ante las ruinas caben dos actitudes: ir a ellas con ánimo de investigación, o bien de pura expectación. En correspondencia con estas dos actitudes, tienen las ruinas dos dimensiones distintas. Para responder a la actitud investigadora las ruinas tienen un valor técnico, encajadas en la arqueología, ciencia auxiliar de la Historia. Ahora bien, esto no es lo que llamábamos nosotros «vivir las ruinas». Esto es algo más: «revivirlas», convertirlas en aparatos, valerse de ellas para fines prácticos, ni más ni menos que como nos valemos de la palanca para levantar pesos, instrumentalizarlas.

Vivir las ruinas es vivirlas como tales ruinas, ir ante ellas libres de intereses especulativos, dejarse impresionar por su mayor o menor virtualidad estética, emocionarse incluso cándidamente, sin sentir por ello ridícula vergüenza. El pobre erudito -pobre en este sentido, carente- ha perdido la capacidad de vivir las ruinas, aunque posea sobre el hombre ingenuo el caudal de sus importantes conocimientos, porque va a ellas, aunque parezca paradoja, lleno de prejuicios y estará siempre pendiente de una arista o un ábaco. El erudito no podrá sentir aquella solemnidad, aquella emoción de que hacía mención hablando de la Acrópolis; esto es cosa privativa del hombre ingenuo, del profano en cuestiones arqueológicas. ¡Qué le vamos a hacer, también tiene sus ventajas la ignorancia!

Esto son las ruinas; pero los restos arqueológicos no se reducen a ruinas, hay también museos de antigüedades. Los museos clásicos de Atenas están limitados a esas dos casillas del arte

plástico que son la escultura y la cerámica. ¿Y qué diremos de las esculturas griegas sino que son de una perfección irritante? Es cierto que una escultura de Fidias o de Praxíteles son cosa admirable en grado superlativo. Si pudiéramos aislarla entre un conjunto de cosas vulgares, por ejemplo tenerla en nuestra casa, seguramente que gozaríamos de ella plenamente. Pero en los museos -pongamos por caso el Nacional de Atenas- hay tanta belleza almacenada que produce empacho. Un festín copioso de belleza ahíta y hasta envenena; es preciso que el buen gourmet de la belleza la tome en pequeñas dosis y a su tiempo; solo cuando tenga apetito de ella; nada diré de las estatuas ni de los relieves, de los frisos, anhelados y temidos al mismo tiempo. En cambio, diré algo de los de las estelas funerarias, y es que me han sorprendido con su tesoro inagotable de gracia y originalidad. No había sospechado en el arte clásico de la vieja Hélade está faceta tan acentuada -conste que hablo siempre con la espontaneidad del aficionado-. Había previsto el genio, pero no el ingenio, y el ingenio está aquí, en estas simpáticas estelas funerarias, haciendo juego con el genio. También contribuye a esta sorpresa la concepción apriorística, y en cierto modo exacta, que tenemos del arte griego por su asunto. Sabemos del arte griego como de un arte mítico; y en efecto, el arte de las estatuas y de los frisos, vive exclusivamente del mito divino y humano, que viene a ser lo mismo en Grecia. En las estelas desaparece el mito para dejar paso a la vida real. El asunto de las estelas suele ser siempre sencillas escenas familiares, «cosas de la vida...». Estas estelas son preciosísimo material para captar interesantes aspectos del espíritu y de la vida grecoclásica.

En las figurillas rojas y negras de los vasos de la «buena época» sigue alentando la exuberante mitología.

En cambio, en los vasos micenianos se manifiesta un culto estético naturista; naturaleza viva y -¡cosa extraña!- submarina. ¿Por qué eligieron precisamente estos motivos submarinos los decoradores de los vasos micenianos? Los vasos micenianos son acuarios por dentro y por fuera; lo son en cuanto vasos y además representativamente, en cuanto ostentan en su superficie su pretensión submarina, su flora zoomórfica, su fauna fitiforme -anillos de pulpo, ojos redondos y formas de gelatina-.

Júzguese por todo lo dicho de nuestra visita a Grecia: un captar restos -ruinas y museos- y paisajes. Los hombres europeizados que se mueven hoy en el desflecamiento marino de la península balcánica -en la helénica- no han podido ofrecernos en tan pocos días ese interés de los vivientes humanos que en estos viajes superficiales suele prender en formas tan epidérmicas como son las ropas y los rostros -claro está que estas zonas a flor de aire son siempre indicativas de otras más profundas, pero a ellas justamente es adonde no puede pretenderse llegar en un viaje de visiones estéticas.

En el festín de clasicismo que nos estamos dando no ha faltado el vino generoso del teatro: en nuestro honor se ha dado una representación de *Electra* en el teatro de Herodes Ático, al pie de la Acrópolis. Los mármoles asombrados de la ciudadela han visto revivir de pronto sobre las losas seculares del teatro los personajes atormentados de la tragedia antigua; ha resucitado sobre ellas el ritmo plástico y solemne de los coros. El verbo lírico y pasional de los grandiosos entes sofocleanos ha resonado su eco de sangre en cada rincón de los sillares mudos de abandono... Ha soplado un viento fatídico sobre el polvo de las ruinas. Ha sido un golpe de gracia a nuestro corazón ramplón y una seria llamada a nuestro empeño creador enmohecido...

Hemos hecho una excursión a Eleusis por la Vía Sacra. En el camino hemos vuelto a contemplar destellos -mosaicos- de la mejor solera bizantina, la iglesia de Dafnis, sola entre una bendición de pinos y montaña. (Había olvidado decir que en Atenas había un excelente museo bizantino).

Antes de llegar a Eleusis, desde que se ve el mar, disfrutamos de hermosas perspectivas naturales. En la cuerda tensa del horizonte marino hacen equilibrios azules con el lomo levantado las montañas y beben con los hocicos de sus picachos leve leche de brumas solares. El sol se baña en el mar y lo llena todo con su gran dorso rutilante. Para ver jugar sus brillantes se asoman tímidamente desde los palcos del primer término elegantes siluetas arbóreas -cipreses, pinos- entenebrecidas... ¡Maravillosa bahía de Salamina!

En Eleusis, en el lugar de los célebres misterios, hay una gran explanada sembrada de ruinas desmenuzadas -mutilaciones de capiteles, basas y troncos de columna sobre todo-. Aquí la cosa pierde encanto porque tenemos una erudita cicerone que no cesa de parlotear en un francés correcto monótonos discursos, y no hay más remedios que escucharla o marcharse. Yo opto, después de tomar nota virtual de las ruinas eleusinas, por bajar a la playa solitaria y zambullirme en el mar limpidísimo a jugar con los tritones y sirenas de mi fantasía anegada en el sol...

Forman ya rosario los obsequios que la abierta amabilidad meridional de los griegos nos viene deparando. Como colofón exquisito a nuestra estancia en Atenas, la misma noche de nuestra partida, se ilumina la Acrópolis en nuestro honor.

Resplandecen allá en lo alto entre las negruras de la noche los mármoles gloriosos del Partenón y el Erecteón con aspecto de aparición fantástica. El místico viajero del arte que arribase esta noche a playas áticas se quedaría arrobado entre las mallas letales de la dulce pesadilla; creería quizá en la virtud milagrosa de los dioses paganos y caería tal vez de hinojos ante la maravilla iluminada del más excelso templo de Minerva.

Hemos entrado en Atenas por el pórtico espiritual del Partenón.

Pensábamos que tras ponerse el sol de este día habríamos de despedirnos de él quizá hasta nunca, pero los atenienses han querido tener abiertas hasta última hora ante los ojos agradecidos de sus huéspedes las atalayas de su orgullo histórico.

Gracias, gracias...

Nauplia. Micenas. Epidauro

No he dormido esta noche de navegación. Durante toda ella he dejado ir y venir mis ojos desvelados por los senos negros del mar. La aguda proa de nuestro barco va hendiendo mortalmente el flanco de las olas retozonas que se desangran en un reguero de espuma. El Mediterráneo es manso; raras veces le enfurece el arañazo acerado de los nautas; se deja surcar siempre risueño como si el desliz de los navíos fuese sobre su piel azul una cosquilla, una caricia...

En Atenas desde Falero fuimos al Pireo; estuvimos anclados casi todo el tiempo en las aguas mismas donde tuvo lugar hace siglos la fiesta de sangre de Salamina... Nuestra trayectoria de esta noche es un arco de parábola que introduce sus ramas en los golfos de Egina y de Nauplia. El primer claror del día dibuja en el confín las montañas orientales de Morea. Detrás de esas montañas se extienden las llanuras heroicas de Esparta. En la fresca madrugada rompiendo tules rosáceos lanza el sol su primera mirada y todo el mar se estremece en un alegre desperezo de plata. Las ondas cierran sus bocas negras y bostezan con sus bocas azules al mismo tiempo que encienden las miríadas de lamparitas de sus crestas. Es bien temprano cuando fondeamos en la bahía de Nauplia.

En la mañana vamos a Micenas. Cuando nos hallamos ante la famosa Puerta de los Leones,

creemos haber vuelto la hoja de un manual de Historia del Arte con láminas policromadas. Se ha reproducido tanto su fotografía que ya la misma realidad nos parece una reproducción. Las ruinas están en el límite de la montaña y de la llanura; llanura de tierras de labor que nos recuerda muchos paisajes de Castilla la Nueva.

Visitamos las tumbas de los reyes heroicos de Micenas. Por ejemplo, la de Agamenón. Son recintos subterráneos de forma ovoide recubiertos en el interior de sillares de piedra... Oigo hablar a los arqueólogos de «falsas bóvedas» y de otras muchas cosas eruditas que escucho ya como monótono *ritornello*, como nueva cantilena musical, sin serme posible atender a su sentido.

De vuelta, parada en Tirinto y nuevas ruinas...

Por la tarde vamos a Epidauro. Más ruinas. Pero estas notables, lo cual ya es difícil en un país como Grecia donde las ruinas forman plaga. En la inmensa rodela de piedra que es el teatro de Epidauro -el mayor y mejor conservado que he visto hasta hoy- descansamos diseminados aquí y allá sobre el graderío.

Después el estadio, en cuyo suelo crece la hierba, desde que no es hollado por la planta ágil de los atletas; y una gran explanada en que se prolongan los mármoles y piedras fragmentarios hasta no sé dónde...

Una nota que hubiera entusiasmado a un escritor del pasado siglo: en el claro paisaje de pinos, entre las ruinas, un pastorcito sopla en su caramillo un aire rústico...

Luego un museíto... y el retorno a través de montañas y valles siempre reidores...

Itea. Delfos. Corinto

Desde las cinco de la mañana del día 16 empezamos a atravesar el canal de Corinto, imponente construcción de piedra que salva y yugula el istmo del mismo nombre y separa el Peloponeso de la Rumelia. Es tan estrecho que a ambos lados de nuestro barco solo queda poco más de un metro de agua, lo cual nos obliga a cruzarlo a paso de procesión. En estas dos fajas de agua profunda que quedan a los lados de nuestra nave juega la leve movilidad de las ondizuelas sus más bellos esmaltes...

En esta misma mañana arribamos a Itea. En sus aguas hemos paladeado algunos de nosotros el amargo sabor de la catástrofe. Afortunadamente el pavor de unos momentos pudo resolverse en risas y plácemes, así como poco antes las risas se habían resuelto en pavor. En cambio hemos enriquecido con un nuevo y magnífico ejemplar el museo de nuestras emociones profundas. (Perdóneme quien no entendiera estas palabras. Estos renglones esotéricos van dirigidos solo a unos pocos, para los cuales, seguramente, rebosan sentido).

Desde Itea vamos a Delfos, emplazado en medio de una hermosa naturaleza montaraz. No nos detendremos a hablar del nacional y viejo mito délfico, de tan gran importancia cohesiva en la antigua historia griega. Todo el mundo ha oído hablar de él.

Al pie del Parnaso -¡nada menos!, ¡eh, literatos, los que formáis parnasillos!- bebemos de los cristales virtuosos de la fuente Castalia. ¿Se nota? Ahí mismo, en esas peñas ingentes, cara al abismo, se asomaba la Pithia poseída de un temblor sibilino, los ojos desmesuradamente abiertos, iluminada por fuegos fantásticos, en las tremendas noches del oráculo. Allá están las graciosas ruinas del tesoro de los cnidios... Acullá un estadio... Cerca un museo... Y absorbiéndolo todo en su imponente rudeza, el maravilloso paisaje montaraz y risquero...

Catácolo. Olimpia

El día 17 hacemos nuestra última escala en costas griegas: Catáloco, para ver Olimpia. En Olimpia hay también, como en todos estos lugares que vamos visitando, unas famosas ruinas con su inevitable consecuencia: el museo. En el museo de Olimpia hay piezas maestras, como son el Hermes de Praxíteles, la Niké de Peonios, los frontones del templo de Zeus...

Cuando regresamos, por la carreterita que zigzaguea entre montañas, el atardecer es una fiesta orgiástica de luces... Los Valles abren sus anchos senos a los rubios rocíos vesperales. Allá en el hondo duerme su plomo verde el olivar espeso... Se va amoratando la vegetación salvaje de las laderas próximas. Una ingente montaña derrama desde las crestas hasta las faldas su impalpable azul de aguada monocroma, y lo funde con el oro flotante del valle... En la frontera lontananza, la pincelada fuerte y horizontal del mar Jónico.

Cuando la noche llega zarpamos de Catácolo y con ello nos despedimos de Grecia, de esta Grecia grata y amigable, cuya franca hospitalidad ha tenido en nosotros las más simpáticas resonancias...

XII. ITALIA

Siracusa

Tras un día escaso de navegación arribamos a playas itálicas siguiendo el mismo camino que debieron seguir en la antigüedad los navegantes colonizadores de Corinto. En aquel tiempo la Italia meridional era una prolongación del mundo helénico. Hoy son dos nacionalidades bien delimitadas y distintas.

Apenas ponemos planta en la isleta Ortigia, donde se asienta la ciudad actual, el paseo de Aretusa y la fontana del mismo nombre, que ahonda sus aguas verdes entre las plumas finas de los papiros y el terciopelo húmedo de los musgos pétreos, nos traen entre las letras del nombre de la ninfa el aroma difuso del mito helénico como una reminiscencia de la tierra que acabamos de dejar...

Lo que queda de tarde paseamos por la ciudad. Vamos por la vía Capodieci y por la vía Roma hasta desembocar en la plaza de Arquímedes, palaciega, medieval, provinciana e italiana por su fuente central con figuras... Después transitamos la vía Mestranza, burguesa y comercial, y por fin nos perdemos al azar por calles y callejones secundarios, atraídos por la seducción de los patios que muestran gracias claustrales, encajes de piedra en las ventanas ojivales y hermosas escaleras a cualquiera que quiera entrar en ellos. Porque lo curioso es que estos patios no pertenecen a viviendas señoriales sino a sencillas casas de vecindad, cuyos inquilinos entran y salen de sus habitaciones respectivas sin hacer poco ni mucho caso del tesoro de sus patios, ni más ni menos que los habitantes de cualquier feísimo patio de vecindad moderno. Nos admira esta indiferencia a nosotros que entramos el hocico en cualquier casa en que desde la calle atisbamos uno de estos patios, actitud poco menos que museística, aunque en esta espontaneidad de la vida las cosas ponen sus bellezas mucho más de relieve que en los fríos fanales del museo.

También nos ha sorprendido contemplar a flor de calle, interiores -relativamente interiores- en plena actividad hogareña y familiar. Aquí se cumple al pie de la letra aquel deseo de no sé qué hombre famoso: «Quisiera que las paredes de mi casa fueran de cristal»; pues, si no las paredes, al menos las puertas son puertas vidrieras, hasta la hora de dormir, como si con ello quisieran los siracusanos hacer más transparentes sus vidas. Claro que en realidad la finalidad no es esta, sino la de dejar paso a la luz del día, pues muchas de estas viviendas no tienen ventanas. Estas viviendas son una sola pieza más o menos amplia que simultanea las funciones de dormitorio, comedor, sala de estar, de coser, etc., etc. Los muebles, según esto, se aglomeran, naturalmente. Hay en algunas de ellas hasta muebles lujosos; una vez me confundí creyendo hallarme ante el escaparate de una mueblería. Andando algunas de estas calle cree uno recorrer las galerías de una exposición doméstica...

Hoy nos corresponde la inexcusable visita a las ruinas. Siracusa las posee griegas y romanas. Antes hemos visitado el no menos inexcusable museo en la plaza del Duomo, donde, como indica su nombre, se levanta la estampa barroca de la catedral. De esta no digo nada.

Vamos a las ruinas.

Están algo apartadas de la ciudad y ya en tierra firme; o menos isleña.

Las romanas son un anfiteatro que abre su graderío semihundido y soterra sus corredores entre

exuberante y típica vegetación de ruinas que forman incluso un delicioso jardín natural. Son adelfas floridas de vivos tonos, tupidas cortinas de plantas trepadoras, ortigas, malvas, jaramagos, todas las hierbas que crecen en el abandono de la tierra y entre las junturas de sillares obscuros y grisientos, y líquenes. El vivo color vegetal, tan italiano, de las flores, nos recuerda a Rodas -tan lejana ya en el espacio y tan corta en el tiempo- como si fuese un producto nacional de exportación. Para completar la visión que nos dan los poetas arqueológicos renacentistas y aun románticos de las ruinas, no falta el inquieto verdegueo de los lagartos...

Después las ruinas griegas, de las cuales lo más notable es un anfiteatro bastante conservado. Desde lo alto de sus gradas vemos la urbanidad de Siracusa sobre el mar, al mismo tiempo que olemos un agradable perfume de plantas salvajes...

Aquí mismo está la gran *Latomia del Paradiso* profunda y ancha concavidad del suelo tapizada por todas partes de inextricable maleza. En su fondo hay grandes grutas llamadas de los «Cordarios», porque en su interior hay un taller de cordelero, y *Orecchio di Dionisio*.

Palermo

Hacia el mediodía partimos de Siracusa hacia Palermo. Durante toda la tarde navegamos junto a la costa siciliana. Desfila ante nosotros la mole imponente del Etna, aislado y grave, mordiendo nubes con su boca cimera. Después de esta visión resulta blando, tierno, el verdor de las montañitas litorales, plagadas de pueblecitos y caseríos rampantes por recuestos, faldas y laderas.

Empezamos a entrar en el estrecho de Mesina.

Palermo nos muestra ya los moldes modernos, urbanizados de las grandes ciudades italianas.

Más visiones de arte. Entramos ahora en el maremágnum de las fachadas y las decoraciones barrocas, de las gracias arquitecturales renacentistas, de las escuelas locales de pintura de la misma época... Mientras tanto aún perdura lo clásico en los museos. Lo clásico y lo moderno, lo cristiano y lo pagano en mezcolanza fatigosa... ¿Por qué fatigosa? ¿Por qué asomo esa palabreja? La verdad es que somos nosotros los que llegamos ya fatigados de nuestra extensa peregrinación. En Italia nos reintegramos al ambiente plástico de nuestro occidente. Son ya las formas románicas, góticas, renacentistas; los patios claustrales; el módulo catedralicio; toda esa ancha respiración artística de la Europa bárbaro-latina, por su boca cristiana, del medievo acá.

Iglesias, palacios, catedrales, museos, todo eso que es plato del día en nuestras ciudades y que tiene su correlato adecuado en todos los países del mundo que han soportado civilizaciones, es lo que va a desfilar ahora ante nosotros. Todo eso, que tiene una estructura sustantiva, pero sobre la cual se tiende arteramente una superestructura turística, banal, inevidente, fatigosa -esta sí- y además peligrosa, contagiable. No es hora de ponerse a analizar este fenómeno y este epifenómeno del arte...

Palermo nos abre pues sus rúas largas y estentóreas de ciudad moderna -Vittorio Emmanuele, Maquede, Cavour, Ruggiero Settimo-, sus plazas monumentales de ciudad italiana -la «Piazza G. Verdi» con el colosal teatro Massimo, la de la Municipalidad con su gran palacio de ladrillo rojo y la bella fuente Pretoria-, sus iglesias -la de la Martorana, totalmente incrustada de mosaicos; la de san Cataldo, al lado, mostrando al exterior los tres pezones paralelos de su techo que parece manco, desmantelada, vacía, en el interior, enseñando las líneas desnudas de su arquitectura; la catedral, grande e híbrido monumento (un gran *domo* renacentista junto a una gran torre gótica y una fachada innominable), exornada de estatuas sagradas; la capilla palatina,

dentro del insulso palacio real, con su complicado techo de mocárabes, sus arcos, paredes y altares cubiertos de mosaicos, y sobre todo la suavísima luz que entra por sus ventanas hondas, acierto insuperable del arquitecto; el solitario claustro de San Giovanni, en medio de un seráfico huerto de frutales, que recibe en el seno de su paz monacal el tintineo argentino de las campanas palermitanas y el piar cándido de pájaros conventuales, en cuyo patio crece una vegetación inculta, entre la cual enreda su brocal un pozo convertido en telar de arañas, donde entra el sol a través de las parras nuevas bordando arabescos en la fina arquería y sobre las losas polvorientas...-.

Una excursión a Monreale.

Tarde gris. Cuando salimos de Palermo está lloviznando. Corremos a través de un paisaje de mar y montaña. Densas nieblas enredan en las crestas de los montes su algodón en rama.

Detiénense los coches en la plaza del pueblo donde están la catedral y el convento de los Benedictinos. Este posee un delicioso claustro, amplio y de sutiles columnas gemelas. En un rincón del patio habla su voz de agua eternamente un elegante surtidor. No reina aquí, ciertamente, el ambiente severo de la vida ascética, sino una dulzura y bienestar completamente sensuales...

Hay aquí un magnifico mirador sobre el panorama. Un valle inmenso cuajado de vegetación y salpicado de caserío se tiende a los pies. Todo yace dormido, silente, en esta tarde neblinosa, bajo el rítmico, blando, llanto de las nubes... El mar se esfuma a lo lejos entre la azul tiniebla de las brumas, a través de las cuales se ve un rayo de oro extraviado que bruñe el muñón emergente de un lejano promontorio... Las montañas, espectrales también entre la niebla, esconden en la vaina blanca de las nubes sus perfiles vacilantes.

Estamos bajo la lluvia templada; el gran árbol que nos cobija deja caer de sus hojas recién lustradas abundantes gotas y alberga entre la tibia caricia de sus ramas un pájaro cantor.

Frente por frente de nuestro barco se alza el monte Pellegrino, escarpado, deforme, irregular, como una roca inmensa. Le falta por completo esa cuasi simetría triangular de la mayor parte de los montes; está como comido a bocados por todas partes, tienen forma de trozo de pan o de queso en manos de un arrapiezo. En lo más alto hay un lujoso hotel a donde guía el tobogán de una pista zigzagueante.

Allá subimos invitados por la *Federazione Fascista* local. Desde lo alto se domina el portentoso panorama de Palermo y sus contornos.

La federación local del *fascio* ha usado con nosotros de una exquisita cortesía.

Hemos visto las primeras camisas negras y el primer desfile de «balillas» y muchos otros tiquismiquis emblemáticos.

Vamos hacia Nápoles.